BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

MADE IN MARTE

Adam Surray

CIENCIA FICCION



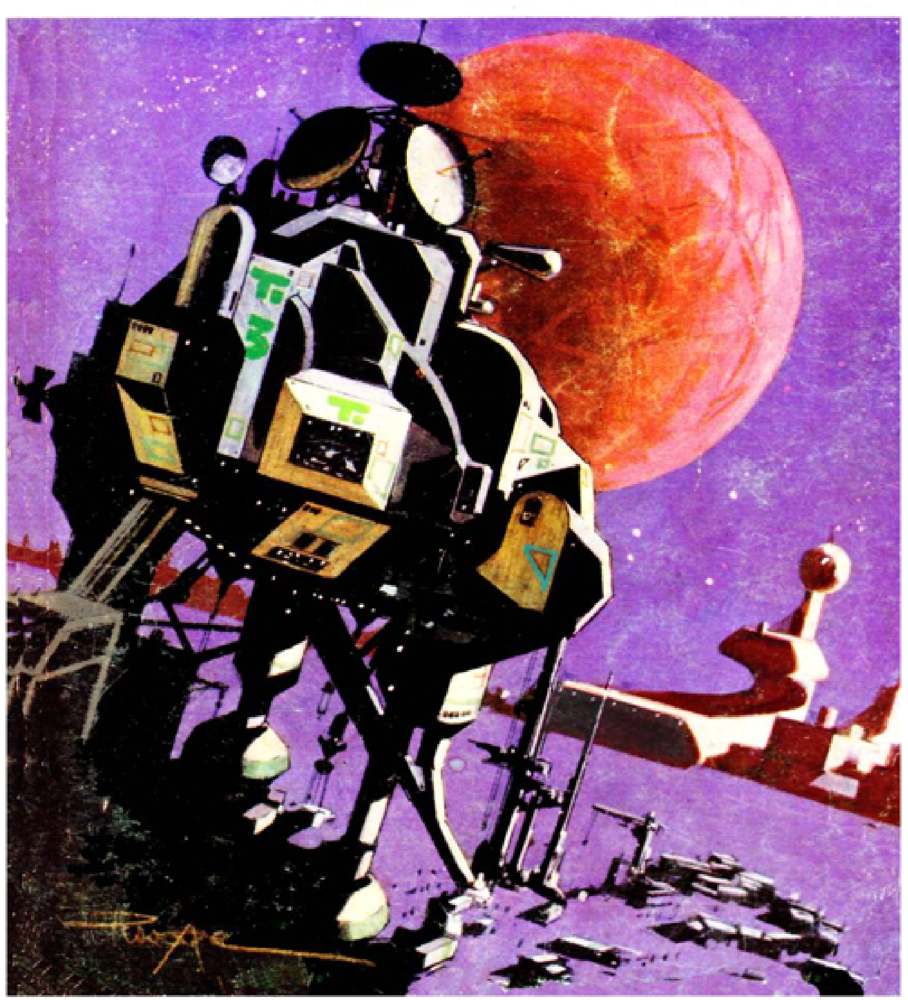
BOLSILIBROS BRUGUERA

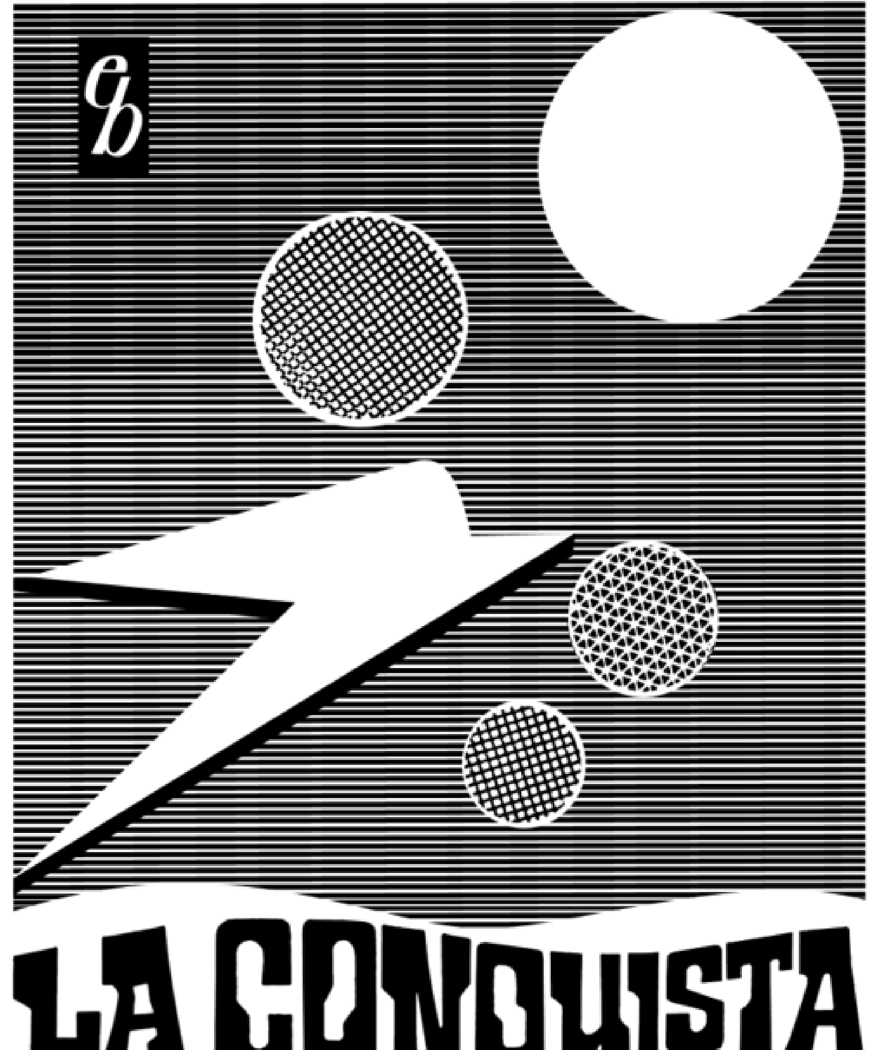
la conquista del ESPACIO

MADE IN MARTE

Adam Surray

CIENCIA FICCION





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

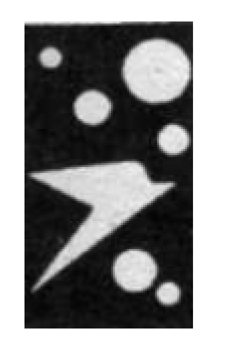
EN ESTA COLECCIÓN

1. — *El mayor caradura de la Galaxia,* Joseph Berna
2. — *Llegaron de Andrómeda,* Curtis Garland
3. — *La espada flamígera,* A. Thorkent
4. — *SOS galáctico,* Ralph Barby
5. — *El único que volvió,* Curtis Garland

ADAM SURRAY

MADE IN MARTE

ColecciónLA CONQUISTA DEL ESPACIO n° 396Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-0252S-0

Depósito legal: B. 1.241 – 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: marzo, 1978

© Adam Surray - 1978

Texto

© Alberto Pujolar - 1978

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a

favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Mora la Nueva. 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la Imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Valles(N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

CAPÍTULO PRIMERO

La mujer comenzó a jadear.

—No, Harry... Por favor... Quieto...

Harry Gammon sonrió interiormente. Aquello funcionaba.

Por supuesto que no permaneció quieto. Sin dejar de besar los gordezuelos labios de Janice, la tomó por los hombros impulsándola suavemente hacia atrás. Recostándola sobre la húmeda hierba.

Los labios de Gammon descendieron besando ahora el frágil cuello femenino, el lóbulo izquierdo para retornar de nuevo junto a la ya ardiente boca de Janice que esperaba anhelante.

Harry Gammon era un artista.

Desabotonó la blusa de Janice sin que la mujer se percatara de la maniobra.

Janice le echó los brazos al cuello.

Acentuando el abrazo.

Respondiendo a las caricias, los besos, mordisqueando los labios de Gammon...

Ambos enfebrecidos.

—Harry..., me vuelves loca...

—Sí, nena —Gammon porfiaba ahora con el cierre lateral de la falda.

—Me haces ver luces de colores..., el sonido de campanas... ¡Un OVNI!

—Sí, mi amor.

— ¡Un OVNI!

Harry Gammon, que ya había conseguido deslizar la maldita cremallera lateral, se vio súbitamente rechazado.

Janice se incorporó veloz.

Al quedar de pie, la falda cayó hasta los tobillos; pero eso no pareció importar a la mujer.

Extendió el brazo para señalar a un indefinido punto del azulado cielo.

— ¡Por allí, Harry...! ¡Parecía descender hacia la montaña...! ¡Como una exhalación!

Gammon había quedado sentado sobre la hierba.

Contemplando estupefacto a la mujer.

La imagen de Janice resultaba cómica y erótica. Con el brazo derecho extendido. La blusa abierta. La falda en los tobillos.

Harry Gammon alargó la diestra para atrapar uno de los tobillos femeninos, pero Janice le esquivó reaccionando furiosa.

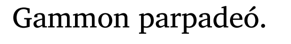
— ¡Era un OVNI, Harry! ¿No piensas hacer nada?

—Tengo en mente algunas ideas...

Los ojos de Gammon devoraron el cuerpo de la mujer.

Janice se subió la falda procediendo acto seguido a abotonarse la blusa.

—No me crees, ¿eh? ¡De acuerdo! Daré aviso a las autoridades de Ardehsville. Ese OVNI cayó en la Booth Mountain.



Gammon parpadeó.

— ¿Hablas en serio, Janice?

— ¡Por supuesto! Lo vi perfectamente. Era un OVNI. Circular. Un gigantesco disco con destellos metálicos. Un platillo volante.

—Te preguntaba si tu intención de hablar con las autoridades era firme. No seas ridícula, Janice. Se burlarán de ti. Ya nadie da crédito a los platillos volantes. Se ha demostrado que esos objetos voladores no identificados son...

La mujer ya no le escuchaba.

Se había introducido en el «Chevrolet».

Harry Gammon aún permaneció unos instantes sentado sobre la hierba. Movió la cabeza de un lado a otro asomando a sus labios una sonrisa. Se levantó acudiendo al auto.

El vehículo era un modelo «Suburban». Campero todo terreno. Cinco puertas y seis plazas.

—Entonces... ¿regresamos?

—Sí, Harry.

Gammon pisó el pedal del gas.

El motor rugió. La buena suspensión, ruedas independientes delanteras y eje rígido atrás, no evitó que el «Suburban» saltara por el accidentado terreno hasta abandonar el pequeño bosque y alcanzar la asfaltada carretera.

El auto pronto circuló a ciento veinte kilómetros por hora.

— ¿Estás enfadado conmigo, Harry?

Harry Gammon frisaba en los treinta años de edad. Rostro varonil. De correctas facciones. Parecía mantener una sempiterna expresión risueña, marcadamente cínica. Delatada en especial por aquellos grises ojos de brillo burlón.

— ¿Enfadado? ¡Oh, no...! Esto es normal. Siempre que salgo con una chica me ocurre lo mismo. Busco un lugar romántico. El frescor de la hierba, destellos dorados del sol por entre las ramas de los árboles, el dulce graznar de un cuervo... La chica se estremece entre

mis brazos. Las caricias le hacen oír campanas, música celestial, luces multicolores y, por último, el majestuoso paso del OVNI surcando el azulado firmamento.

—Lo vi, Harry. Perfectamente. Puedo describirlo con todo detalle.

—Guarda tu narración para el periódico local de Ardensville. Será exclusiva mundial. «Provinciana en pleno *clímax* amoroso contempla el paso de un OVNI.» ¿Qué te parece el titular?

—Te burlas de mí.

—Espera a la reacción de tus conciudadanos. Yo estoy de paso en Ardensville; pero tú… Hay pocas diversiones en Ardensville. Un vulgar villorrio. Con tu historia disfrutarán una buena temporada.

— ¿Qué me aconsejas, Harry? ¿Que guarde silencio? ¡Vi al OVNI! ¡Puedo jurarlo!

Gammon se encogió de hombros.

—Me tiene sin cuidado lo que decidas. La tarde ya está perdida.

—Harry, yo… lamento…

—Tranquila. Cuando llegue al hotel me doy una ducha fría.

Divisaron Ardensville.

Pequeña localidad californiana al oeste del desolado Valle de la Muerte. La Kellin Avenue, su calle principal, dividía en dos la población. Una ciudad tranquila.

El Scott Hotel se emplazaba en la longitudinal Kellin Avenue.

Harry Gammon estacionó frente a la entrada principal del hotel.

—Harry…, es mi día libre. ¿Cenamos juntos?

Gammon sonrió palmeando la mejilla de la mujer.

—No pensaba regresar hasta la noche, pero ya que estoy aquí aprovecharé para seguir mis visitas por Ardensville. Si termino pronto, cenaremos juntos. Los OVNI son más bonitos de noche.

Harry Gammon penetró en el hotel.

Acudió a recepción para solicitar la llave de la habitación.

—Su compañero está arriba, señor Gammon. Llegó hace unos quince minutos. —Gracias.

Gammon se introdujo en uno de los elevadores. Lo abandonó en la cuarta planta avanzando por el corredor. Se detuvo en la puerta señalizada con el número 407. La hoja de madera cedió al empuje.

La estancia, bien amueblada aunque sin excesivo confort, disponía de dos camas.

Sobre el lecho de la izquierda reposaba un individuo de unos treinta y cinco años de edad. Entre sus manos una novela de ciencia ficción. *Las marcianas también besan,* era su título.

—Bonita forma de trabajar —maldijo Gammon entre dientes—. Un día voy a quemar toda esa basura literaria, Robert. Te lo advierto.

Robert McGavin arrugó la nariz.

— ¿Qué te ocurre, Harry?

Gammon se había dejado caer en el lecho contiguo. Comenzó a arrojar uno a uno los libros amontonados sobre la mesa de noche.

—*El hombre de Marte llegó un Jueves, Miss Venus 2000, La Luna para los lunáticos...* Esto es vergonzoso. r Conoces a Shakespeare, Robert?

Robert McGavin poseía un rostro alargado. Caballuno. Con ojos saltones. Parpadeó repetidamente arrugando de nuevo la nariz.

— ¿Es un nuevo autor de ciencia ficción?

— ¡Al diablo contigo! En pie, Robert. A trabajar.

— ¿Estás enfermo, Harry?

Gammon cerró los ojos contando mentalmente hasta diez. Se incorporó acudiendo al contiguo cuarto de baño. Reapareció a los veinte minutos envuelto en un albornoz.

Con un cigarrillo en los labios.

Abrió el armario, procediendo a vestirse.

— ¿Cuántas visitas nos quedan, Robert?

—Ninguna en Ardensville. A primeras horas de la tarde fui a casa de Charles Stewart. Adquirí su colección de pinturas por el precio fijado. El original de John Vanderlyn lo he empacado aparte. Esta misma noche sale el envío hacia San Francisco.

—Entonces… ¿ya hemos terminado en la zona de Ardensville?

—Sí, Harry. Únicamente nos queda —McGavin consultó un pequeño cuaderno de tapas negras—, un tal Christopher Baker. Habita en una granja a más de quince millas de, Ardensville. En su carta ofrecía abundante material de la guerra civil.

—Un material que puede resultar interesante.

—Oye, Harry… ¿No habíamos quedado en descansar el resto del día? Te hacía con Janice. Incluso envidiaba tu suerte.

— ¿De veras?

Robert McGavin rió rascándose ruidosamente la cabeza.

—Traté de engatusarla ayer. Cuando nos sirvió el desayuno en la habitación. Tú estabas en el baño, Janice pareció interesarse por mis novelas de ciencia ficción. Le ofrecí una mientras, distraídamente, la acariciaba.

—Apuesto que le entusiasmó.

El rostro de McGavin se ensombreció apesadumbrado.

—Nada de eso. Me soltó una bofetada.

—Digo que le entusiasmó la novela de ciencia ficción. Toda esa literatura atrofia la mente. Tú eres un buen ejemplo de ello. Con Janice ocurrió igual. Estábamos muy acaramelados en el bosque y de pronto comenzó a gritar como una loca.

—Se había sentado sobre un hormiguero.

—No, Robert. Algo más sencillo. Un OVNI. Eso fue lo que rompió el idilio. Un OVNI que pasó ante los ojos de Janice.

—Absurdo.

Gammon asintió, complacido por la razonada respuesta de su

compañero.

—Cierto, pero las mujeres son así.

—Los OVNI no se presentan en esta época de! año. Y menos en California.

— ¿Qué?

La mueca de Gammon pasó inadvertida para Robert McGavin.

—Lo dicho, Harry. Lo que vio Janice fue el paso de la luz procedente de una estrella a través de una corriente de aire caliente temporalmente aprisionado encima de otra capa de aire más frío. Esto produce una serie de discos errantes a gran velocidad para los ojos de un observador terrestre. O tal vez se trate de unas chispas de alto voltaje que, al atravesar una nube de vapor de amoniaco, originan una luz semejante a un platillo que permanece inmóvil durante un instante para luego remontarse a gran velocidad. También pueden ser masas energéticas que pasan por terrenos previamente regados por determinados fertilizantes. Otra hipótesis...

— ¡Basta, maldita sea! —vociferó Gammon arrojando furioso el cigarrillo—. ¡Basta! ¿Te das cuenta, Robert? ¡Tienes la cabeza llena de historias ridículas!

McGavin agrandó aún más sus saltones ojos.

—Son explicaciones científicas a los objetos voladores no identificados, Harry. Lo leí en una novela. Claro que, con razonamientos para OVNI que aparecen durante la noche. Durante el día... puede que en verdad fuera un platillo volante.

Harry Gammon ya había terminado de vestirse.

Chaquetilla de cuero color negro con bolillos sobrepuestos y acentuados por pespuntes, jersey cuello cisne y pantalón oscuro.

Del armario tomó un maletín.

—En marcha, Robert. Si te oigo hablar de marcianos o platillos volantes te tragas los dientes. —

¿Dónde vamos?

—A visitar a ese tal Christopher Baker.

— ¿Ahora? ¡Está a unas veinte millas, Harry! ¡Una granja perdida entre las montañas! Me he informado bien. Ese Christopher es un viejo loco que...

—No más protestas, Robert. Visitado Christopher Baker terminamos definitivamente nuestro trabajo aquí. Mañana nos largamos a San Francisco. ¿No lo estás deseando?

McGavin movió afirmativamente la cabeza. Sin formular ningún comentario. Se incorporó del lecho apoderándose de la chaqueta depositada en el respaldo de una de las sillas.

Los dos hombres abandonaron la habitación.

Penetraron en el elevador.

— ¿Llevas un plano de la zona?

—Sí. Lo vamos a necesitar. Resultará difícil dar con la granja de Christopher Baker. ¡Perdida entre la Booth Mountain!

Harry Gammon entornó los ojos.

A sus labios asomó una burlona sonrisa.

— ¿La Booth Mountain? Es allí donde Janice dijo que cayó el OVNI. Anímate, Robert. Con un poco de suerte, engatusas a una marciana.

Las palabras de Harry Gammon iban a resultar proféticas.

CAPÍTULO II

El «Chevrolet-Suburban» demostró su capacidad «todo terreno» al adentrarse por aquel inferna! sendero.

— ¡Maldita sea, Harry! ¡Parecemos cabras!

—Allí, Robert... Aquélla debe ser la casa.

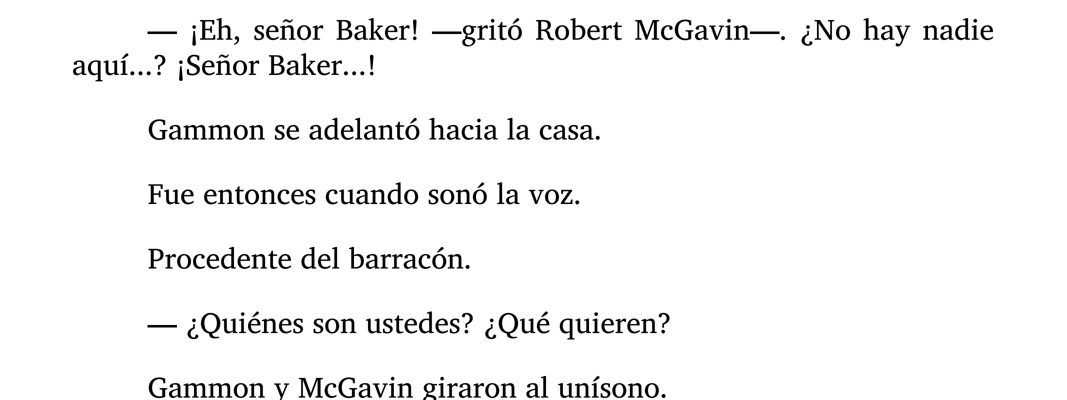
En efecto.

Desde lo alto del elevado promontorio se divisó el caserón. Circundado por una empalizada semidestruida. La casa tampoco se conservaba en buen estado. La chimenea se había hundido destrozando parte del tejado. Una de las columnas del porche había cedido y lo mantenía en inverosímil equilibrio. Los cristales de las ventanas sustituidos por cartones.

Un viejo «jeep» aparecía junto al barracón cercano a la casa.

Harry Gammon hizo sonar el claxon a medida que se acercaba a la granja. Detuvo el «Suburban» en la explanada existente entre el barracón y la destartalada casa.

Descendieron del vehículo.



— ¡Eh, señor Baker! —gritó Robert McGavin—. ¿No hay nadie aquí…? ¡Señor Baker…!

Gammon se adelantó hacia la casa.

Fue entonces cuando sonó la voz.

Procedente del barracón.

— ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué quieren?

Gammon y McGavin giraron al unísono.

Junto a la puerta de entrada al barracón apareció un estrafalario individuo. De avanzada edad. Indefinida por las pronunciadas arrugas de su rostro color terracota. Un ancho sombrero no lograba ocultar su abundante pelo blanquecino. La camisa de franela, primitivamente a cuadros dé colores, ahora descolorida. Al igual que los pantalones embutidos en descomunales botas de altas cañas.

Harry Gammon le dedicó una sonrisa.

— ¿El señor Baker?

—Sí, soy Christopher Baker.

—Somos agentes de la Blystone Company.

El anciano escupió despectivo.

—Ignoro de qué se trata, pero no pienso pagar. No tengo intención de pagar nada. Es más, estoy sin un centavo.

Gammon y McGavin intercambiaron una mirada.

—Oiga, abuelo —dijo Harry Gammon acentuando la cordial sonrisa—. No somos recaudadores de impuestos. Queremos… ¿Vive solo?

—No. Estoy con Sammy.

—Bien. ¿Puedo ver a Sammy?

El anciano asintió con un enérgico movimiento de cabeza. Giró hacia el barracón.

— ¡Sammy…! ¡Sammy…!

Respondió el gruñir de un cerdo.

Sí.

Y a los pocos segundos apareció.

Un cerdito pequeño, sonrosado, rabicorto, con las pezuñas negras.

Se refugió entre las piernas de Christopher Baker.

—Este es «Sammy», caballeros. Mi única compañía. Sus padres se convirtieron en embutido hace unos meses. Sus hermanos fueron vendidos. «Sammy» quedó conmigo para compartir mi soledad, aunque me temo que sus días estén contados. Terminará asado.

Harry Gammon, después de contemplar estupefacto al animal, reaccionó encarándose con el anciano.

—Señor Baker... usted escribió una carta a la Blytone Company. En respuesta a nuestro anuncio de compra de antigüedades. Dijo estar en posesión de varios objetos relativos a la guerra civil.

— ¡Ah, sí...! Ya recuerdo. La carta la escribió Bertha Newson, la maestra de Ardensville. Fue ella la que leyó el anuncio en los periódicos. Bertha conocía la existencia de mis trastos viejos.

—Pues aquí estamos, Christopher.

— ¿Y qué quieren?

Harry Gammon se pasó el dorso de la mano derecha por la frente. Empezaba a sudar.

—Queremos comprar sus..., sus trastos viejos. Nos hemos desplazado aquí para eso. Después de verlos los tasaré a un precio justo. Va a hacer un buen negocio, abuelo.

Christopher Baker entornó los ojos.

Acentuando las arrugas del rostro.

— ¿Cómo te llamas, hijo?

—Gammon. Harry Gammon.

—*Okay*. ¡Maldita sea tu estampa, Gammon! ¡Bertha envió esa

carta hace más de tres meses!

—Tenemos mucho trabajo, abuelo... —sonrió Gammon ante la súbita reacción del anciano—. La Blystone Company tiene su sede en San Francisco. Es la principal empresa dedicada a la compra y venta de antigüedades. Nos desplazamos por toda California, pero no para atender a un solo cliente. Lo suyo no era muy importante. De allí que esperamos a contabilizar varios clientes de la zona de Ardensville.

— ¿No era importante? ¡Por todos los diablos...! Lo heredé de mi padre, soldado del honroso ejercito confederado. Sables, un par de «Remington», varios «Colt» calibre del cuarenta y cuatro..., armas unionistas y confederadas. Una primera edición de *Lo que el viento se llevó,* firmada por la mismísima Margaret Mitchell!, un fajo de billetes confederados, un daguerrotipo del general Lee, litografías de Lincoln y otra de Washington en Monmouth...

—Tranquilo, abuelo. Echemos un vistazo a todo eso.

Christopher Baker rió.

Cascadamente.

—Cuando Bertha Newson me sugirió la posible venta, dudé. Todo aquello tenía para mí un gran valor sentimental; pero mis tripas reclamaban comida con desesperada urgencia y mi garganta el whisky. Ya nadie me fiaba en Ardensville. Cedí a que Bertha escribiera la carta. ¡Eso fue hace tres meses, maldita sea! Ahora ya es demasiado tarde.

— ¿Qué quiere decir?

—Lo vendí todo, hijo. Incluso la cama de dosel de mis viejos. Un fulano llegó hasta aquí con un camión. Se lo llevó todo por doscientos dólares.

— ¡Doscientos dólares!

Christopher Baker asintió, sonriente.

—No esperaba tanto. Fue un buen hombre. Gracias a él sobreviví sin necesidad de sacrificar a «Sammy»; pero desde hace unos días estoy sin un centavo. Lo gasté todo.

—Doscientos dólares...

— ¿Ocurre algo, muchacho?

Harry Gammon denegó con un movimiento de cabeza.

Se apoyó en la parte delantera del «Suburban» procediendo a encender un cigarrillo.

— ¿Puedo echar un trago? —preguntó Robert McGavin señalando una damajuana situada a la sombra del porche.

—Seguro. Procure no pisar la escalera. Puede derribarme el porche. Yo duermo en los establos. El barracón es más seguro que la casa.

McGavin se llevó el gollete a los labios.

De inmediato, escupió el líquido.

Tosió repetidamente.

— ¿Qué es esto? —la voz de McGavin sonó aflautada—. ¡Me he quemado la garganta!

—Mezcal. Lo fabrico yo mismo.

—Pronto… Agua… agua… ¿Tiene agua?

El anciano parpadeó sorprendido por aquella petición.

—Cada semana bajo a lavarme al arroyo de la Booth Mountain. No necesito agua para nada más. En el abrevadero de «Sammy» puede que encuentre alguna.

Robert McGavin, con las manos en la garganta y el rostro congestionado, acudió al «Suburban».

—Larguémonos de aquí, Harry… Pronto oscurécela y el camino es algo infernal.

Gammon arrojó el cigarrillo.

— ¡Adiós, abuelo!

—Ha sido un placel platicar con alguien. Despídete de los señores, «Sammy». Demuestra tu buena educación.

El animal comenzó a gruñir.

El «Suburban» inició la marcha.

—Viejo loco... ¡Casi me envenena!

- Es un tipo simpático —sonrió Gammon manejando hábilmente el volante por la pronunciada pendiente—. Muchos habitantes de San Francisco, agrupados en gigantescas colmenas humanas, se encuentran más solitarios que Christopher Baker.

- —Ya. ¿Y qué me dices de «Sammy»?
- —Apuesto a que tiene muy desarrollado el sentido de la amistad.Apenas recorrida una milla, cuando el auto descendía veloz envuelto en una nube de polvo rojizo, se originó el súbito pinchazo en una de las ruedas delanteras.El «Suburban» realizó un peligroso trayecto en zigzag.
- Gammon logró controlarlo y frenar.

- ¡Te lo advertí, Harry! ¡Fue un error desplazarnos hasta aquí! ¡Todo nos sale mal, maldita sea!

Harry Gammon se reclinó en el asiento. Del salpicadero extrajo una cajetilla de tabaco. —Sólo lamento que el viejo Christopher vendiera por un precio tan bajo. Le engañaron miserablemente.

— ¿Y lo dices tú? ¡Engañarías a tu propia madre!

—Yo me aprovecho de los tipos que se quieren pasar de listos. Anda, Robert. Cambia la rueda.

— ¿Por qué yo?

— ¿Lo echamos a suertes?

Robert McGavin suspiró resignado.

—No..., no es necesario. Siempre pierdo.

Gammon también descendió del auto.

Se encontraban en un terreno montañoso. Desigual. Con zonas infranqueables protegidas por rocas y arbustos.

—No te duermas, Robert. Está anocheciendo.

— ¡Ayúdame, maldita sea!

Robert Gammon no pareció oír a su compañero. Deambuló por

los alrededores con un cigarrillo en los labios.

El silencio reinante era sobrecogedor. La oscuridad de la incipiente noche llevaba consigo la aparición de fantasmagóricas sombras.

McGavin terminó el trabajo.

Reanudaron la marcha.

—Enciende los faros, Harry. Un giro en falso y...

—Es un bonito lugar para morir, Robert. En pleno contacto con la naturaleza. Lejos de la jungla de asfalto y los bloques de cemento de San Francisco. Somos unos gusanos. El bastardo de Frank Blystone nos paga un sueldo miserable. Un sueldo que nos permite habitar en un edificio-colmena, consumir alimentos adulterados y disfrutar de una atmósfera irrespirable. En ocasiones me siento asqueado de todo.

— ¿De veras?

—Sí, Robert. ¡Asqueado!

—Eso tiene fácil solución —comentó McGavin llevándose a la boca una pastilla de *chewin gum*—. Apuesto a que Christopher Baker te ofrece la hospitalidad de su casa. Tú, el viejo y «Sammy». Los tres felices en la casita de la montaña.

Gammon dirigió una inquisitiva mirada a su amigo.

Fugaz.

Prestando de inmediato atención al volante.

—Desconocía tu faceta irónica, Robert.

—Ocurre que también yo estoy asqueado de todo, Harry. Tengo treinta y cinco años. ¿Qué he conseguido? Nada Envidio a los fulanos forrados de dólares. Esos sí disfrutan la vida. Las Vegas, Miami, París... Hoteles lujosos, casinos de juego, bellas mujeres... Todo eso está prohibido para nosotros. Para los muertos de hambre.

—Tampoco es para llorar, Robert. Nuestro trabajo es interesante, aunque en ocasiones resulte rutinario.

—Sí. Somos ratas deambulando entre trastos viejos.

Gammon controló una sonrisa.

—Si Frank Blystone escuchara ese comentario... Nos considera sus mejores agentes. Investigamos los objetos, pinturas... Jamás nos han soltado una obra de arte falsa. Somos los...

Harry Gammon se interrumpió bruscamente.

El «Chevrolet-Suburban» trazaba una peligrosa curva en el estrechó y pronunciado sendero. Bordeando una hondonada.

Frenó con estridente chirriar.

Ante la alarma de McGavin.

— ¿Qué ocurre, Harry?

Gammon no respondió.

Descendió del vehículo quedando con la mirada fija en lo profundo del barranco.

Robert McGavin se situó a su lado.

Perplejo.

— ¿La has visto, Robert?

— ¿A quién?

—La luz. el desello rojizo... Fue al iniciar la curva. Procedía del fondo del despeñadero.

—Yo no...

— ¡Ahora!

La irradiación bermeja surgió desde lo profundo de la sima. Fugaz. Eclipsándose nuevamente. Dominando otra vez las sombras de la noche.

— ¿Qué puede ser eso?

—Lo ignoro, Robert —Gammon consultó su reloj digital—; pero vamos a echar un vistazo. Toma las linternas.

— ¿Por qué no mañana, Robert? Con la luz del sol

— ¿Acaso tienes miedo a tus amigos los marcianos?

Una mueca de inquietud se reflejó en el rostro de McGavin.

Tragó saliva con dificultad.

— ¿Crees que...?

—Janice vio un artefacto caer hacia la Booth Mountain. Estamos en la zona, Robert.

—Puede tratarse de un aparato de la NASA..., o un objeto alienígena cargado de radiactividad. Es peligroso, Harry. No cuentes conmigo. Yo no bajo.

Gammon se apoderó de una linterna.

Tendió una a su compañero.

— ¿Y tú eres el entusiasta lector de novelas de ciencia-ficción? Me avergüenzo de ti. Tal vez encontremos a una venusiana con dos traseros y cuatro...

De nuevo surgió el fogonazo.

Como un parpadeo.

Harry Gammon consultó el reloj.

—Cada tres minutos... ¡En marcha, Robert!

—Si el centelleo se produce cada tres minutos, ¿cómo no lo hemos visto con anterioridad?

—Lo descubrí al bordear el barranco. Desde esta posición. Tal vez fuera también visible desde lo alto del cerro, pero cuando abandonamos la granja de Baker aún era de día. Imposible distinguir entonces el destello.

—Maldita sea... Un paso en falso y nos rompemos la cabeza. ,

El descenso fue laborioso. Con frecuentes y obliga dos rodeos para esquivar los infranqueables obstáculos rocosos o la frondosa vegetación.

Se orientaron por el intermitente destello.

En el fondo del barranco, en el inicio del rocoso paso de un desfiladero, se formaba una explanada protegida por altos peñascos.

Ya no fueron necesarias las linternas. El objeto luminoso permitía la visibilidad en aquella franja de terreno.

Gammon y McGavin quedaron paralizados. Incrédulos.

Se encontraban frente a un platillo volante. Una perfecta réplica a los platíbolos de película de ciencia-ficción.

CAPÍTULO III

El artefacto alienígena tenía forma lenticular. Deltoide. Su extraordinario diseño aerodinámico se acentuaba con planos sustentadores que aparecían a ambos lados de la cosmonave.

Del centro del platillo, en su abovedada capa superior, surgía aquel intermitente destello rojizo.

El artefacto estaba en contacto con el suelo mediante un trípode de aterrizaje. En cada vértice un juego de discos faviformes y dispositivos hidráulicos especiales.

Harry Gammon y Robert McGavin se encontraban a unas siete yardas de distancia. Contemplando estupefactos al OVNI.

Paulatinamente se fueron aproximando.

—Harry… puede haber alguien dentro…

—Tanto mejor. Le pediremos un autógrafo.

Harry Gammon, pese a su burlón comentario, no pudo evitar un leve temblor de voz. Al igual que su compañero, era consciente del peligro que suponía el acercarse al desconocido artefacto.

Estaban ya a cinco yardas.

— ¡Eh, marcianos! —gritó súbitamente Gammon—. ¡Somos gente de paz!

Robert McGavin giró con la velocidad del rayo corriendo hacia las rocas próximas. Desde aquel improvisado refugio esperó acontecimientos.

Ninguna respuesta a la voz de Gammon.

—Vuelve, Robert. Ahí dentro no hay nadie.

—Yo no estoy seguro de eso. Gammon rió nerviosamente.

—Tampoco yo, pero vamos a salir de dudas. El hecho de que nos permitan llegar hasta aquí es significativo. No quieren atacarnos… o no hay nadie en el interior.

En la parte ventral del aparato estaba la abierta compuerta. De allí nacía la rampa que conducía al interior.

— ¡Harry, no!

Gammon hizo caso omiso a la atemorizada súplica de su compañero.

Lentamente subió la rampa. Penetró en la cosmonave.

Con admirados ojos descubrió la circular sala de paredes abovedadas.

Robert McGavin llegó jadeante. Quedó con la boca entreabierta. Sus saltones ojos contemplaron la sala como hipnotizados.

—Es el habitáculo…, la cámara de los astronautas… Tres asientos, Harry.

Robert McGavin señaló los tres asientos situados frente a un

complicado panel de mandos.

Harry Gammon no dudó en acomodarse en uno de ellos. Se acostó en posición de cubito supino. El asiento parecía estar hecho a su medida.

—Magnífico... Respiremos tranquilos, Robert... Los tripulantes de esta nave son individuos semejantes a nosotros. Al menos en estatura y complexión. Incluso el cinturón de seguridad me resulta perfecto.

— ¿Dónde están... *ellos?*

Gammon saltó del asiento.

Sonrió.

—Sin duda inspeccionando los alrededores. ¿Y bien, Robert? Tú eres el experto. ¿Qué me dices de todo esto?

— ¡Maldita sea! ¿Qué puedo decir? ¡Esto no es una novela de ciencia-ficción!

McGavin contempló los complicados mandos.

Maravillado.

Dispositivos para el encendido y regulación de los motores, control de los manantiales de energía, mandos para el gobierno y estabilización de la cosmonave, radioaltímetros, radar, sistema generador de atmósfera, tallas telescópicas de diferentes tamaños, sintonizadores, amplificador de imagen en pantalla iónica... Todo ello subordinado a una calculadora electrónica.

—Muchos de estos mandos me son familiares, Robert. Al menos aparentemente. Ya sabes que fui piloto en la Air Forcé. Apuesto a que terminaría por hacer volar a este trasto.

Robert McGavin inició una nueva y veloz carrera hacia la salida; pero le detuvo la burlona voz de su amigo.

—Tranquilo, Robert... No soy tan loco.

—Yo..., yo estoy muy nervioso...

—También yo, Robert; pero lo disimulo. Este descubrimiento nos cubrirá de dólares.

— ¿Qué tramas?

Harry estaba inspeccionando la circular sala. Abriendo compartimentos y compuertas. Al pasar una de las planchas del suelo se deslizó automáticamente una puerta de guillotina camuflada en la abovedada pared.

— ¡Eh, Robert...! Mira aquí... Esto es el almacén.

La descubierta estancia era reducida. En efecto, parecía un almacén. En departamentos de vidrio térmico coloreado se guardaban extraños objetos. En el suelo dos mochilas.

—Sin duda proyectaban un día de camping en la Tierra —bromeó Gammon sopesando una de las mochilas.

—. ¡Infiernos...! Pesan como plomo.

— ¿Cómo vas a conseguir dinero, Harry?

— ¿No te das cuenta, muchacho? Podemos vender la exclusiva de nuestro hallazgo al mejor postor. Todos los periódicos y publicaciones del mundo se disputarán la noticia.

—Necesitamos pruebas, Harry. Mientras damos aviso a las autoridades, el OVNI puede desaparecer sin dejar rastro.

Gammon abrió una de las mochilas.

En su interior varios objetos. La mayoría de ellos encerrados en cajas de vidrio.

Robert McGavin, imitando a su compañero, manipuló en la otra mochila.

Ambas guardaban igual contenido.

—Debe ser un equipo standard para la tripulación. Esto parece una cámara de. fotografiar —dijo McGavin, estudiando un rectangular objeto—. Tiene visor y...

—Nos llevaremos todo esto, Robert. Las dos mochilas. Serán nuestras pruebas.

McGavin asintió entusiasmado.

— ¡Infiernos, Harry! ¡Imagina lo que daría el viejo Blystone por

todos estos objetos «made in Marte»!

Los dos amigos rieron a carcajadas. .

—Todos los accionistas de la Blystone Company no reúnen el suficiente dinero para comprarlos, Robert. Hay que ser ambiciosos. Tengo algunos planes que nos convertirán en millonarios.

Harry Gammon cerró la mochila cargándola a la espalda. Sujetó las cintas a los hombros.

Robert McGavin hizo otro tanto.

A sus pies quedó el objeto rectangular.

—Larguémonos, Robert. Ahora un encuentro con los tripulantes nos ocasionaría un disgusto.

—Seguro.

Pasaron al habitáculo.

Gammon se detuvo junto a la rampa de descenso.

—Eh, Robert… Olvidas la… «Cámara fotográfica».

McGavin rió volviendo sobre sus pasos. Se inclinó para coger la rectangular caja. Disponía de tres pulsadores. Dos negros y uno rojo. Un disco transparente en el centro. Como el cristal de una lente. Rodeado de infinitos y diminutos puntos opacos. Semejando una microscópica celdilla.

Robert McGavin elevó el objeto para mirar por el visor.

Enfocó a Gammon.

— ¿Una foto, Harry? Te voy a…

McGavin no terminó la frase.

Sufrió un leve traspiés. Por temor a que el objeto rectangular cayera al suelo, lo sujetó con más fuerza. Presionando inconscientemente el pulsador rojo.

El fogonazo fue como el de un *flash*.

Un rayo de luz opalescente envolvió a Harry Gammon durante

una fracción de segundo.

Los diminutos puntos de la caja rectangular se tornaron rojos. Incandescentes. Iniciaron una rápida intermitencia pasando la luz de uno a otro a velocidad imposible de seguir con la mirada.

Harry Gammon reaccionó con una soez maldición.

— ¿Estás loco, Robert...? ¡Has podido matarme! ¡Desintegrarme...! Ese rayo pudo ser mortal.

McGavin no replicó.

Estaba pálido.

Con el rostro desencajado por una mueca de asombro y terror. Balbuceó. Movió los labios repetidamente, pero fue incapaz de articular palabra.

Harry Gammon sonrió.

—Bueno, Robert. Tranquilízate. Afortunadamente, no ha pasado nada.

—Sí que ha pasado, maldita sea —dijo una voz a espaldas de Gammon—. ¿Quién eres tú?

Harry Gammon giró sobresaltado.

Comprendió ahora el terror que se reflejaba en el o de McGavin. También él lo experimentó. También su rostro palideció y un escalofrío le recorrió la espina dorsal.

Harry Gammon se encontraba frente a...

Frente a él mismo.

CAPÍTULO IV

Harry Gammon tendió las manos. Temblorosas.

Con la esperanza de hallarse frente a un espejo.

No.

No era una imagen. Lo comprobó al ser violentamente rechazado por su doble. Un perfecto sosias. Un duplicado fiel. En todos los detalles. No sólo físicamente, sino también en la vestimenta. Incluso a su espalda aparecía también la mochila.

— ¿Quién..., quién eres?

—Eso lo he preguntado yo antes. ¿De dónde has sarta tú? Eres mi doble exacto.

— ¿Tu doble? ¡Yo soy Harry Gammon!

— ¿De veras...? ¡Farsante! ¡Yo soy Harry Gammon y puedo demostrarlo! —llevó la diestra a uno de los bolsillos de la chaquetilla para extraer una billetera de piel de cocodrilo—. Aquí está mi tarjeta de identidad, el permiso de conducir... Harry Gammon, treinta años de edad, nacido en Sacramento, California...

El «otro» Harry Gammon rió histéricamente.

También sacó su billetera.

De piel de cocodrilo

Con tarjeta de identidad, permiso de conducir...

— ¿Qué te parece?

—Cielos... todo... todo... repetido... incluso la fotografía que me dedicó Betsy desnuda... ¡La fotografía!

— ¡La fotografía!

Los dos hombres exclamaron al unísono.

Y también juntos se precipitaron sobre el todavía pálido Robert McGavin,

— ¡Tú has sido, estúpido!

— ¡Te voy a machacar la cabeza, Robert!

McGavin reaccionó al ser zarandeado.

Comenzó a gritar como un poseso.

— ¡Dos Harry Gammon. .! ¡Dos Harry Gammon!

—Tú lo has hecho, Robert. ¡Con esa infernal máquina! ¿Qué botón apretaste?

—Fue… fue sin querer… Resbalé y…

— ¿Qué botón, Robert?

—Creo que el rojo…

—Bien, pulsa ahora el negro de la derecha enfocando a mi doble.

— ¡Y un cuerno! —protestó el aludido—. ¿Por qué no te enfoca a ti? ¡Yo soy Harry Gammon! ¡El original!

—Yo estaba delante… hermano. Robert accionó el pulsador y tú apareciste tras de mí. ¡Duplicado!

—Esa es tu teoría, pero yo tengo otra. Cuando Robert hizo funcionar la máquina, te materializaste delante de mí. Yo no surgí de detrás, sino que tú apareciste delante.

—Te haré tragar los dientes. ¡Así sabrás quién es el verdadero Harry Gammon:

— ¡Adelante, impostor!

Los dos hombres se miraron fijamente.

Dispuestos a pelear.

—Van a regresar los marcianos —murmuró McGavin con voz plañidera—. Y nos desintegrarán a todos. ¿Por qué no solucionamos el problema lejos de aquí? Yo no quiero morir.

—Creo que Robert tiene razón. Mejor será largarnos. ¿Qué dices tú, hermano?

—Antes de salir concretemos algunos puntos. Esa máquina duplicó a Harry Gammon. Los dos nos consideramos el… original, ¿no es cierto?

—Ahá.

—Bien. Lo cierto es que no dependemos el uno del otro. Yo puedo pensar y actuar sin estar subordinado a ti.

—Me ocurre otro tanto. Somos uno mismo, pero independientes.

—Uno en dos.

—Eso es.

Robert McGavin comenzó a reír. Primero suavemente, para terminar en desaforada carcajada histérica.

—Me temo que el bueno de Robert se va a volver loco. Le facilitaremos las cosas. Yo seré Harry Gammon I y tú Harry Gammon II, ¿de acuerdo?

— ¿Por qué tú el Harry Gammon I?

—Lo podemos echar a suertes.

— ¿Olvidas que yo también tengo la moneda trucada?

McGavin dejó de reír.

— ¿Moneda trucada? Maldita sea… Ahora comprendo tu sempiterna buena suerte. Siempre me tocaba perder a mí.

— ¡Ya basta, condenación! Yo seré Harry Gammon II. Larguémonos.

Los tres hombres abandonaron precipitadamente la cosmonave.

Iniciaron la escalada.

Ayudados por las linternas.

Al llegar junto al «Chevrolet-Suburban» se despojaron de las mochilas, depositándolas en el espacioso portaequipajes del auto.

Harry Gammon I se hizo cargo del volante. Robert McGavin se acomodó a su lado. En el asiento posterior, Harry Gammon II.

El auto inició la marcha.

Robert McGavin se dedicó durante unos minutos a lanzar alternativas miradas a los dos hombres.

—Es fabuloso... ¿Tenéis los mismos recuerdos?

Harry Gammon II, recostado en el asiento, extrajo la cajetilla de tabaco y encendió un emboquillado.

—Seguro, Robert. Ambos recordamos aquel fatídico día de 1980 en que te presentaste en las oficinas de la Blystone Company solicitando trabajo.

—Cierto. Fue en el 1980 —corroboró Harry Gammon I—. Un grave error conocerte, Robert. Ahora lo estamos pagando. Eres un manazas.

—Fue involuntario, Harry... Un tropezón... Por cierto, eso de Harry Gammon I y Harry Gammon II no me sirve de mucha ayuda. No os distingo.

—Me dejaré bigote —dijo Harry Gammon II exhalando una bocanada de humo—. ¿O prefieres llevarlo tú, hermano?

Harry Gammon I sonrió.

—Robert tiene razón. El no puede distinguirnos... Arranca el botón superior de la chaquetilla, hermano. En Ardensville estudiaremos otro procedimiento más eficaz.

Harry Gammon II obedeció.

Guardó el arrancado botón en uno de los bolsillos.

—No podemos ir juntos al hotel. El recepcionista cobraría suplemento por la llegada de otro Harry Gammon.

— ¡Es verdad! —McGavin se palmeó la frente—. El veros juntos

daría pie a muchos comentarios; aunque también podría tratarse de dos hermanos gemelos. En Ardensville nadie nos conoce.

Harry Gammon I denegó con movimiento de cabeza.

—Es preferible no despertar ninguna sospecha. Tú irás al hotel con Robert. Yo pernoctaré con Janice. Me invitó a cenar a su apartamento.

—Nada de eso, hermano.

— ¿Por qué?

—Con Janice tengo pendiente una interrumpida conversación. En un romántico bosque. Iré yo al apartamento.

—Lo dudo.

—No empezar a discutir de nuevo —intervino Robert McGavin introduciendo la mano derecha en el bolsillo del pantalón—. Yo tengo una moneda. Sin trucar. Tú pides, Harry Gammon I.

Harry Gammon II fue el afortunado.

Hasta la llegada a Ardensville estudiaron el plan a seguir al día siguiente y las precauciones a tomar.

El «Suburban» se detuvo en el inicio de la longitudinal Kellin Avenue.

Harry Gammon II descendió del auto.

—En este mismo lugar, mañana a las ocho. Sed puntuales.

—*Okay*.

El vehículo siguió en dirección al Scott Hotel.

La vida nocturna en Ardensville era prácticamente nula. Los escasos centros de diversión contaban con muy poca clientela.

Harry Gammon se adentró por una de las bocacalles de la Kellin Avenue.

Para él la diversión se encontraba en el apartamento de Janice.

Al menos eso creía.

CAPÍTULO V

Janice resultó ser una magnífica cocinera.

Dado que no esperaba con seguridad la visita de Harry Gammon, tuvo que improvisar la cena.

Sirvió un suculento «pastrami» que Harry Gammon devoró acompañado de un par de latas de cerveza.

—Oh, Harry..., me alegro tanto que estés aquí. Temí que tu enfado perdurara. Esta mañana me comporté como una estúpida.

Gammon chasqueó la lengua.

Saboreando la copa de brandy francés.

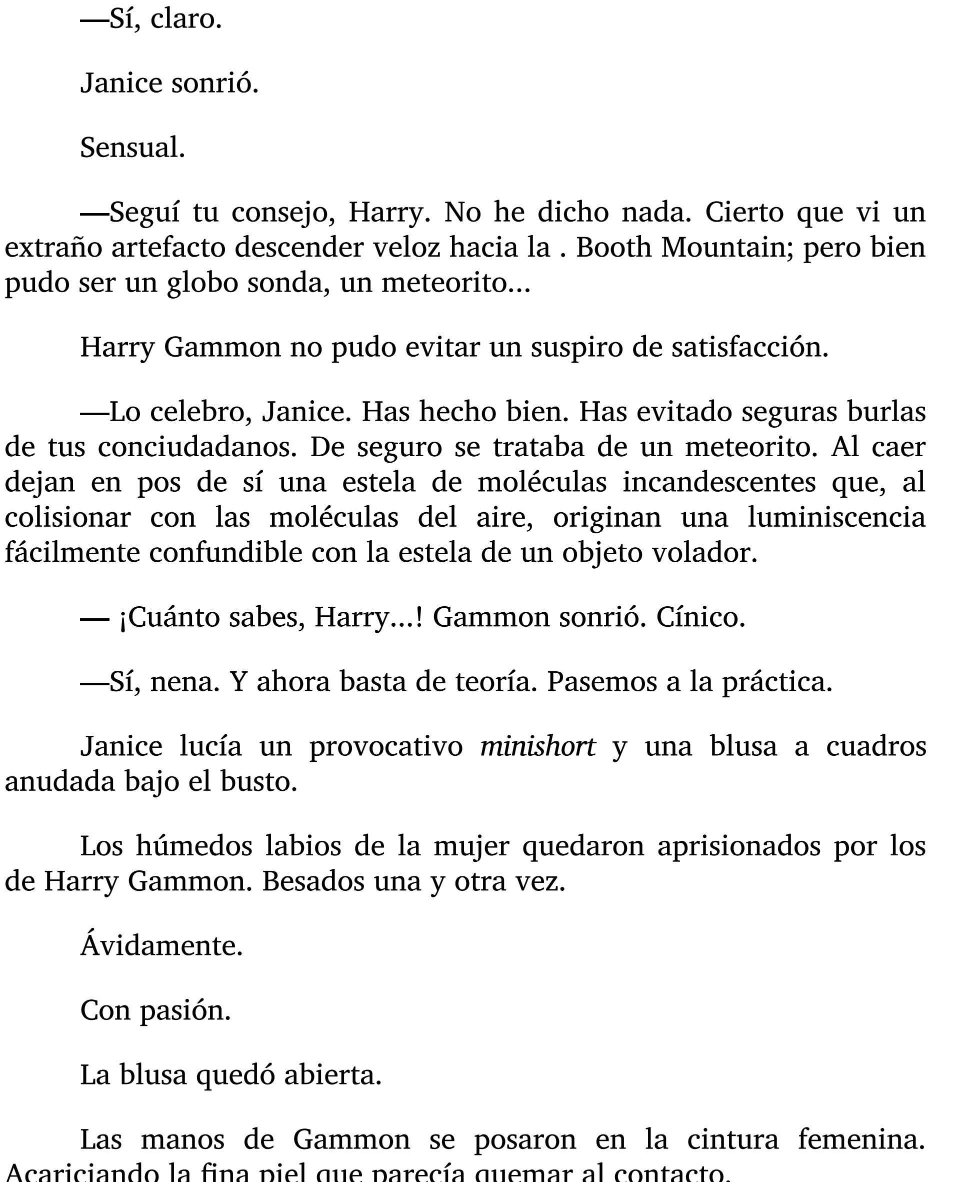
La depositó sobre la circular mesa.

Su brazo derecho rodeó los hombros de Janice.

Ambos se reclinaron en el rojo sofá.

—Mi comportamiento tampoco fue muy correcto. Debí ayudarte a superar el miedo en vez de burlarme de ti. Por cierto..., ¿cómo han reaccionado las autoridades de Ardensville?

— ¿Te refieres a lo del... OVNI?



—Sí, claro.

Janice sonrió.

Sensual.

—Seguí tu consejo, Harry. No he dicho nada. Cierto que vi un extraño artefacto descender veloz hacia la . Booth Mountain; pero bien pudo ser un globo sonda, un meteorito...

Harry Gammon no pudo evitar un suspiro de satisfacción.

—Lo celebro, Janice. Has hecho bien. Has evitado seguras burlas de tus conciudadanos. De seguro se trataba de un meteorito. Al caer dejan en pos de sí una estela de moléculas incandescentes que, al colisionar con las moléculas del aire, originan una luminiscencia fácilmente confundible con la estela de un objeto volador.

— ¡Cuánto sabes, Harry...! Gammon sonrió. Cínico.

—Sí, nena. Y ahora basta de teoría. Pasemos a la práctica.

Janice lucía un provocativo *minishort* y una blusa a cuadros anudada bajo el busto.

Los húmedos labios de la mujer quedaron aprisionados por los de Harry Gammon. Besados una y otra vez.

Ávidamente.

Con pasión.

La blusa quedó abierta.

Las manos de Gammon se posaron en la cintura femenina. Acariciando la fina piel que parecía quemar al contacto.

La mujer gimió de placer.

Aturdida por los besos y caricias.

—Harry...

— ¿Sí, nena?

—En el dormitorio estaremos más cómodos...

Janice, sin esperar respuesta, se zafó de los apremiantes brazos de Harry Gammon. Abandonó con rapidez el salón para introducirse en la primera puerta del corredor.

La dejó abierta.

En muda invitación a Gammon.

Janice se despojó precipitadamente de la blusa. Introdujo los pulgares bajo el reducido *short* tirando hacia abajo. Un sensual movimiento de caderas ayudó a bajar la prenda. De dos graciosos movimientos proyectó las zapatillas por los aires.

Janice quedó con un minúsculo *slip* de encaje negro. Con muy poco margen para la imaginación.

Se dejó caer voluptuosamente en el lecho.

Apagó con falso rubor la luz de la habitación, accionando la lámpara de noche. —Una tenue luz rojiza dominó la estancia.

Los ojos de la mujer quedaron fijos en la abierta puerta.

Pasaron los minutos.

—Harry...

Otro minuto de interminable espera para Janice.

— ¡Harry...!

Tampoco ahora recibió respuesta.

Janice se incorporó del lecho. Con un mohín de enfado reflejado en el rostro. No se molestó en cubrirse con la bata de seda depositada en una de las sillas.

Acudió al salón.

Se detuvo con los brazos en jarras, pero de inmediato cambió la expresión de su rostro. El gesto de enfado fue reemplazado por una mueca de estupor.

El salón estaba desierto.

—Harry...

Janice, temiendo una broma de Harry Gammon, inspeccionó detenidamente la estancia. Por todos los rincones. Pasó al otro dormitorio, a la cocina, a la sala de baño...

Ni rastro de Harry Gammon.

Janice se detuvo finalmente en el *living.*

Perpleja.

La puerta de acceso al apartamento mantenía puesta la cadena de seguridad y el cierre.

Harry Gammon no estaba en el apartamento, pero... ¿por dónde había salido?

CAPÍTULO VI

Robert McGavin abandonó el *parking* privado del Scott Hotel conduciendo el «Suburban». Estacionó frente a la entrada principal. Consultó la esfera del reloj. Faltaban cinco minutos para las ocho.

Hizo sonar el claxon.

Harry Gammon I apareció con la factura del hotel y unos billetes en las manos.

— ¡Aprisa...! Ya falta poco para las ocho.

—Tranquilo, Robert. ¿Está ahí todo el equipaje?

—Sí.

Harry Gammon I abrió la portezuela del «Suburban», pero interrumpió el iniciado movimiento de introducirse en el vehículo.

Janice cruzaba la calzada en ese momento.

El rostro de la mujer enrojeció de ira al enfrentarse con el sonriente Harry Gammon.

—Buenos días, Janice. Hemos madrugado, ¿eh?

La bofetada fue sonora.

Harry Gammon I retrocedió. Más por la sorpresa que por la violencia del golpe. Instintivamente llevó la zurda a la mejilla izquierda.

—Janice...

— ¡Bastardo!

Janice penetró altiva en el hotel. Seguida de la estupefacta mirada de Gammon y McGavin.

—Algo le ha ocurrido con Harry Gammon II.

—Ya nos lo explicará él —dijo Robert McGavin—. Nos está esperando.

—No me gusta dejar así a Janice.

—Eres un sentimental.

— ¡Y un cuerno! Únicamente me preocupa el que Janice sospeche algo. Trataré de averiguar qué le ocurre.

— ¡Harry...!

Gammon hizo caso omiso de la llamada de su amigo. Se adentró en el hotel.

El recepcionista le informó que Janice se encontraba en los vestuarios del personal de servicio.

Hacia allí encaminó sus pasos.

No se molestó en llamar.

Janice estaba sola. Aún no había llegado ninguna de las otras empleadas del hotel.

La mujer se había despojado del vestido de calle y procedía a ajustarse el uniforme reglamentario. Ahora sí lucía sujetador. De media copa. Mostrando con generosidad sus prominentes senos.

—Janice...

—Fuera de aquí, Harry. Celebro que abandones Ardensville. Eres una verdadera rata.

—Quiero disculparme contigo, Janice —murmuró Harry Gammon, sospechando que algo malo había hecho su «hermano gemelo»—. Tienes razón. Soy una rata.

—Oh, Harry... ¿Por qué lo hiciste?

Gammon inclinó la cabeza.

Sin saber qué responder.

Esperando que Janice fuera más explícita.

— ¿Me perdonas? Fui muy rudo...

— ¿Rudo?

— ¿No?

Janice colocó los brazos en jarras. Sus opulentos senos pugnaron por salir del encierro.

— ¿Vuelves a burlarte?

—No me encuentro muy bien, Janice. Ayer también estaba algo enfermo. No recuerdo...

— ¿Por eso te largaste sin ninguna explicación? Oh, Harry... Yo te esperaba en el dormitorio, anhelante, ansiosa de tus caricias... ¡y tú desapareces sin una palabra de despedida! ¡Como un fantasma! Por cierto... ¿cómo lograste salir del apartamento?

Harry Gammon ahogó un suspiro.

Era eso.

Harry Gammon II desertó a la fogosidad de Janice.

—Sufrí una especie de ataque, Janice. No quise comprometer tu reputación y acudí personalmente al médico.

—Sí, pero... ¿por dónde saliste?

— ¿Por dónde? Pues... por la puerta.

— ¿Con la cadena de seguridad echada?

Harry Gammon se mesó nerviosamente los cabellos.

—Yo... estoy confuso... No recuerdo bien... Estaba enfermo... Tal vez utilicé la escalera de incendios o salté por la ventana.

—No hay escalera de incendios en el edificio. En cuanto a saltar por la ventana... ¿desde un cuarto piso?

—Salí por la puerta, Janice. ¿Por qué otro sitio iba a ser? Sin duda colocaste la cadena después de mi marcha. Inconscientemente.

—Yo no...

Gammon extrajo un fajo de billetes.

Extrajo cien dólares, que introdujo entre los exuberantes senos de Janice. Con ambas manos los presionó juntándolos, a la vez que besaba fugazmente.

—Adiós, Janice. No me guardas rencor, ¿verdad?

Janice sonrió contemplando los cien dólares perdidos entre sus voluminosos senos.

—No te olvidaré, Harry. Un ridículo OVNI, una desaparición fantasma... Tu estancia en Ardensville, pese a los... contratiempos, ha sido grata. Adiós.

Harry Gammon abandonó el hotel.

A grandes zancadas.

Se introdujo en el «Suburban» donde Robert McGavin le esperaba impaciente y nervioso.

—Llegaremos con retraso. Harry Gammon II estará intranquilo.

Gammon esbozó una sonrisa mientras hacía girar el volante para cambiar el sentido de la marcha.

—Ya no hay Harry Gammon II. Era el verdadero número dos. Mi doble.

— ¿Qué quieres decir?

—Desapareció del apartamento de Janice como por arte de magia. Se esfumó en el aire.

— ¡Infiernos!

—Afortunadamente, y según he deducido, Janice no se encontraba en ese momento a su lado. El ver cómo se volatizaba hubiera causado una fuerte impresión a la pobre Janice.

—Peor hubiera sido verle desaparecer mientras hacían el amor —rió McGavin—. Oye, Harry… El que se haya esfumado no significa forzosamente que esté fuera de circulación. Tal vez encontremos a tu hermano gemelo en el lugar de la cita.

—Ahora saldremos de dudas.

El «Suburban» recorrió la Kellin Avenue.

Llegó al final de la larga calle.

Harry Gammon frenó en una de las esquinas.

—Bien, Robert, aquí quedamos citados con Harry Gammon II. Y él no está. ¿Convencido ya?

—Llegamos con diez minutos de retraso. Puede que temiera ser visto merodeando por aquí y…

Gammon le tendió un juego de llaves.

—Abre el portaequipajes. Donde guardamos las mochilas.

— ¿Para qué?

—Obedece.

Robert McGavin descendió del vehículo.

Retornó al instante visiblemente excitado.

— ¡Harry...! ¡Sólo hay dos mochilas...! ¡Nos han robado una!

—Anda, sube —sonrió Harry Gammon reanudando la marcha—. Nadie nos ha robado, Robert. ¿No lo comprendes? Harry Gammon II desapareció. Una de las mochilas era un duplicado de la que yo llevaba en el momento que accionaste la máquina. Y se esfumó también.

—Entonces, ¿los efectos de duplicidad sólo perduran unas horas?

—Esa es la conclusión que debemos tomar. En San Francisco estudiaremos mejor esas máquinas y los demás objetos de las mochilas.

— ¿No será peligroso, Harry?

—Tomaremos precauciones.

—Nuestro apartamento es de tabiques de cartón, Harry. Todos los vecinos...

Gammon interrumpió a su compañero con alegre carcajada.

— ¿Imaginas que vamos a seguir en ese miserable apartamento de edificio-colmena? Somos millonarios en potencia, Robert. ¡Lo primero que haremos al llegar a San Francisco es solicitar nuestra liquidación en la Blystone Company. Nos despediremos del viejo buitre.

McGavin sonrió ante la perspectiva.

—Le enviaré al diablo. Le llamaré hijo de... ¡Eh, Harry! ¡La autopista queda a la derecha!

— ¿De veras?

—No iremos a...

Ardensville ya había quedado atrás.

La comarcal conducía a la pista Barstow-Bakersfield; pero el

«Suburban» se adentró por una polvorienta bifurcación sin asfaltar. Esta concluía a las pocas millas para convertirse en infernal sendero.

Un tramo que serpenteaba por la Booth Mountain.

Las protestas de Robert McGavin no cesaron durante el trayecto.

—Es meternos en la boca del lobo, Harry… Tenemos dos mochilas. ¿Para qué buscarnos más problemas? Los marcianos pueden estar allí…

— ¿Por qué les llamas marcianos? El último «Mariner» lanzado por la National Aeronautic and Space Administration demostró que el planeta está deshabitado. Puede que la cosmonave proceda de otra galaxia.

—El «Mariner» no iba tripulado, Harry. Los canales de Marte pueden ser conductos hacia una ciudad subterránea.

— ¿En qué novela has leído esto?

—En *Marte al desnudo.*

—Pornográfica, ¿eh?

—No es momento de bromas, Harry. Ya… ya estamos llegando… ¡Yo no bajo! ¡No quiero morir!

—Tranquilo, Robert. Te prometo que sólo echaremos un vistazo. Sin entrar en la cosmonave. Únicamente quiero saber si sigue ahí. Ofreceremos la exclusiva a la Associated Press.

Harry Gammon detuvo el «Suburban».

En la peligrosa curva del barranco.

Abandonaron el auto.

—El destello no es visible, Harry. Sin duda lo eclipsa la luz solar.

—Ni tan siquiera se divisa el artefacto. Queda hundido en la hondonada. En marcha, Robert. Deja de temblar o rodarás cabeza abajo.

Iniciaron el descenso.

Ahora les resultó más fácil. La claridad del día les permitía una

panorámica del terreno y el elegir las zonas más convenientes sin necesidad de trazar largos rodeos.

Alcanzaron la explanada circundada por peñascos. Harry Gammon y Robert McGavin se detuvieron. Intercambiaron una atemorizada mirada.

Sin pronunciar palabra alguna, prosiguieron el avance. Adentrándose en la explanada. En la desierta planicie.

La cosmonave había desaparecido.

Ni rastro de ella.

Ni tan siquiera las huellas del trípode de aterrizaje se marcaban sobre el terreno.

El sepulcral silencio reinante fue roto por una que surgió desde las alturas.

— ¡Eh, amigos...! ¿Buscan a los marcianos?

CAPÍTULO VII

La súbita voz hizo que temblaran las piernas de Robert McGavin haciéndole caer de rodillas.

Harry Gammon dio un respingo moviendo de un lado a otro la cabeza. »

Una cascada carcajada le hizo fijar la mirada en lo alto de uno de los peñascos cercanos a la entrada del desfiladero.

Allí estaba Christopher Baker.

Acariciando entre sus brazos a «Sammy», que gruñía placentero.

El anciano descendió dando un corto rodeo. Se aproximó a la explanada. Sin dejar de reír. A carcajadas. Las lágrimas asomaban a sus diminutos ojos.

— ¡Rayos...! ¡Qué susto os he dado!

McGavin reaccionó.

Furioso.

— ¡Maldito viejo...!

—Un respeto a las canas, jovencito.

— ¡Yo no respeto ni a mi abuela! Christopher Baker chasqueó la lengua.

—Bien. Entonces, para la buena marcha del negocio, es preciso que los socios se respeten.

— ¿Socios? ¿Qué socios?

Harry Gammon se adelantó. Sonriente.

Palmeó la espalda del anciano.

—El abuelo quiere proponernos algo, ¿verdad?

—Así es, hijo. Por cierto... ¿dónde está tu... hermano gemelo?

Gammon entornó los ojos.

Fijos en el rostro de Baker.

—Estás al corriente de todo, ¿eh?

—Soy un tipo muy curioso, hijo. En mi granja no hay televisión. Sólo un aparato de radio que no funciona por falta de pilas. Ayer, poco después de vuestra marcha, me sorprendió una luz que se encendía y apagaba. Un fogonazo muy bonito. Aburrido y sin nada

que hacer, decidí echar un vistazo. Casi choca mi «jeep» contra vuestro coche. Aparcaste en una curva de nula visibilidad, muchacho. Retrocedí ocultando mi cacharro. La luz procedía del fondo del barranco. Me fue fácil bajar. Con más habilidad que vosotros. Conozco esta tierra. ¡Ah, diablos colorados...! Me quedé como un idiota contemplando aquel artefacto. Paralizado. Vuestras voces eran audibles desde el exterior. Os vi salir a los *tres.* Eres muy torpe, Robert. Yo a tu edad...

—Sigue con la historia, abuelo —dijo Gammon encendiendo un cigarrillo. Con fingida indiferencia.

— ¿Seguir? Nada más tengo que añadir, muchachos. La sorpresa me impidió ayer salir a vuestro encuentro. Tardé mucho en reaccionar. Seguí inmóvil. Como una estatua. Sólo cuando vi rugir a aquel extraño artefacto iniciando el ascenso, corrí como alma que lleva el diablo.

— ¿Estabas aquí cuando desapareció el OVNI?

— ¿Desaparecer? ¡Subió como una exhalación! Primero se deslizó hacia el interior de la rampa, con un rugir de motores inició un vertiginoso y endiablado ascenso en vertical. En fracción de segundo lo perdí de vista.

— ¿Cuándo ocurrió esto?

—Pues al poco de marchar vosotros. Reconozco que permanecí largo tiempo quieto como un idiota. Quería entrar a echar un vistazo, pero el miedo me inmovilizaba. Fue al subir la rampa cando sentí verdadero pánico y eché a correr.

—Un momento, abuelo —Gammon succiono repetidamente el cigarrillo—. En el interior de la cosmonave no había nadie. Lo comprobamos. Si tú permaneciste todo el tiempo aquí, forzosamente llegó alguien.

— ¿Los marcianos?

— ¡Los que fueran! ¡Alguien entró para pilotar la cosmonave!

—Nadie, hijo. Estarían ya dentro... o son invisibles.

— ¡Larguémonos de aquí! —casi gritó McGavin.

—Muy buena idea, hijo —aplaudió Christopher Baker—. ¡En

marcha hacia San Francisco!

Harry Gammon se enfrentó con el anciano.

Extrajo un fajo de billetes.

—Aquí tienes cincuenta dólares, abuelo. Olvídate de nosotros y de los OVNI. Te tomarían por loco si hablas.

Baker rió.

Burlón.

—Loco sería aceptando esos cochinos dólares. En las mochilas hay aparatos valiosos. Como esa máquina que duplica. Los compartiré con vosotros, hijos. Somos socios. Ya estaba cansado de habitar en las montañas pasando calamidades. Esta es mi gran oportunidad y no quiero desaprovecharla. Disfrutaré como un rey lo poco que me quede de vida.

— ¡Y tan poco! —exclamó Roben McGavin—. ¡Te voy a machacar la cabeza!

—No es necesario, Robert —intervino Gammon con ungida indiferencia—. Dejémosle. Puedes contar lo que quieras, abuelo. Nadie te hará caso. Lo único que conseguirás es una plaza en el manicomio más cercano.

— ¿De veras? Empezaré por divulgar la noticia en Ardensville. Un OVNI descubierto por dos agentes de la Blystone Company. Luego haré que la noticia llegue hasta vuestro jefe. ¿Tenéis idea de seguir trabajando en la Blystone Company? Apuesto a que también en Ardensville sorprenderá eso del OVNI. Hablaré del doble de Harry Gammon. Tal vez se descubra que en la noche de ayer pernoctó en dos lugares distintos. ¡A un mismo tiempo!

Gammon y McGavin intercambiaron una mirada.

Ambos pensaron en Janice.

— ¿Doscientos dólares, abuelo?

—No, Harry. Ya te he dicho lo que quiero. Es mi última palabra. Iré con vosotros.

— ¿Los tres a San Francisco?

—No, hijo. Los cuatro —respondió Christopher acariciando el lomo de «Sammy».

CAPÍTULO VIII

Llegaron a San Francisco al mediodía.

En plena vorágine de tráfico.

Acudieron directamente a la Blystone Company. El «Suburban» quedó en una zona de *parking* próxima al edificio.

—No te muevas de aquí, abuelo —ordenó Harry Gammon, secamente—. No salgas del coche ni para respirar, ¿entendido? Con tu indumentaria y paseando a «Sammy», te encerrarían de inmediato en un manicomio.

—Tranquilo, hijo.

Harry Gammon y Robert McGavin penetraron en el edificio donde se emplazaban las oficinas de la Blystone Company.

Todas las compras adquiridas en su programado recorrido por el este de California habían sido ya remitidas a San Francisco. Sólo tenían que entregar los justificantes de compra y resguardos de envíos realizados.

La sorpresa para Frank Blystone fue la irrevocable dimisión de sus dos mejores agentes. Trató de convencerles, pero Gammon y

McGavin se mantuvieron firmes en su decisión.

Cuarenta minutos más tarde salían del edificio portando sus correspondientes finiquitos.

—Creo que nos ha timado las comisiones del conde Gilberts, ¿recuerdas? La colección de porcelana y los cuadros de...

— ¡Al diablo con Frank Blystone! —sonrió Gammon—. También nosotros se la hemos jugado bien al largarnos sin previo aviso.

Llegaron al *parking.*

Christopher Baker permanecía dócilmente en el asiento posterior del «Suburban».

— ¡Eh, muchachos...! ¿Aquí cuándo se come?

—Aguanta, abuelo.

—No, yo lo digo por el pobre «Sammy». No hace más que gruñir.

Harry Gammon apoyó la frente en el volante.

Contó mentalmente hasta diez.

Giró enfrentándose a Baker.

—Oye, Christopher... Estamos en San Francisco. Una de las principales y más avanzadas ciudades del mundo. Vas a vivir a la sopa boba gracias a nosotros, aunque espero que el aire contaminado te haga reventar. Te soportaremos, abuelo. No tenemos otra solución; pero no estoy dispuesto a compartir la vivienda con... con...

—«Sammy» sólo me tiene a mí —gimoteó Christopher Baker—. Le quiero como a un hijo.

«Sammy» estaba restregando el morro por el tapizado del auto.

Sin cesar de gruñir.

Harry Gammon empezó a maldecir. Un largo repertorio de epítetos que eran coreados por McGavin.

El anciano chasqueó la lengua.

—Tranquilos, muchachos. También vosotros terminaréis por

querer a «Sammy». Estoy seguro.

Gammon se mesó los cabellos con ambas manos. Inspiró con fuerza.

—*Okay*… Ya hablaremos de eso. Ahora tenemos mucho que hacer. Tú irás con el abuelo a nuestro apartamento, Robert. Abona la mensualidad pendiente y retira todas nuestras pertenencias. Compra también ropa decente para Christopher. Traslada el equipaje del «Suburban» a nuestro auto…

— ¿No tenemos que dejar el «Suburban» aquí? Frank Blystone dijo que…

—Blystone ya no nos da órdenes. Si quiere recuperar su «Suburban» que pase a retirarlo. Déjalo en Hodge Street y comunica a la Blystone Company el lugar exacto.

— ¿Dónde vas tú, Harry?

—Retiraré todos nuestros ahorros del Banco. Los necesitaremos para adquirir un *bungalow* y trazar planes. Buscaré una zona tranquila. Nos reuniremos para cerner algo en Malambo. El que llegue antes que espere. ¿De acuerdo?

McGavin asintió con un repetido movimiento de cabeza.

Harry Gammon descendió del «Suburban». Avanzó por la calzada deteniendo el primer taxi libre que divisó.

Procedió a seguir el plan trazado. Primero retiró los ahorros del Banco. En su cuenta conjunta con Robert McGavin. Alrededor de los ocho mil dólares. Aquella cantidad se unía al dinero guardado en el apartamento y al recibido en la Blystone Company. La suma total sobrepasaba los diez mil dólares.

Fue difícil dar con un *bungalow* de las características deseadas por Gammon.

Visitó cuatro agencias dedicadas al alquiler de viviendas y se desplazó a inspeccionar los *bungalows.*

Después de laboriosa búsqueda encontró el lugar ideal. Una zona residencial aún sin concluir. Distante del centro de San Francisco. Barrio Coller. El *bungalow* 1749 de Landen Boulevard. Las dos viviendas colindantes todavía sin habitar. Una arbolada avenida con

muy pocos vecinos.

Sí.

Aquello era lo deseado por Gammon.

El *bungalow* era magnifico. De una sola planta. Circundado por una muralla de artístico y seguro trazado. Piscina, invernadero, pista de tenis, jardín, garaje… La vivienda disponía de tres dormitorios con sus correspondientes salas de baño, un amplio salón, cocina y la habitación para el servicio. Todo ello bien amueblado y decorado con todo tipo de detalles. Los sistemas de seguridad instalados también ofrecían gran garantía.

Harry Gammon hizo entrega de la obligada cantidad en depósito y abonó tres meses anticipados de alquiler.

Con las llaves del *bungalow* en su poder retornó al centro de San Francisco.

Al Malambo.

Un *snack* cercano al Union Square.

Divisó su «Buick-Skyhavvk-HS» estacionado frente a la entrada del establecimiento. Plagado de maletas y envoltorios.

Ya antes de entrar en Malambo le llegó la música. Estridente. Entremezclada con risas y gritos. Un gran jolgorio reinaba en el local. Harry Gammon se detuvo en el umbral. Parpadeó.

En la máquina tocadiscos berreaba el popular Walter Parkins y su trepidante ritmo «stark mad».

Una frenética y endiablada danza que Christopher Baker ejecutaba sobre un solo pie. Alternando izquierdo y derecho, mientras que agitaba los brazos en cruz y arriba. Con «Sammy» sobre su hombro derecho.

Imitando a la muchacha que bailaba frente a él.

Una joven de dieciocho años que jadeaba siguiendo el desenfrenado ritmo. Su minichaleco en *sildorex* controlaba con dificultad el subir y bajar de los erectos senos.

La clientela era reducida, pero los allí presentes aplaudían y jaleaban con entusiasmo a la pareja formada por Christopher Baker y

la seductora muchacha.

Uno de los que aplaudían y reía a carcajadas era Robert McGavin.

La placa de Walter Perkins dejó de girar enmudeciendo la máquina tocadiscos. Aumentaron los aplausos.

La muchacha se abrazó a Christopher Baker y besó el morro de «Sammy».

— ¡Eh, Harry! —el anciano se separó de la bella compañera—. ¡Liegas a tiempo para la gran fiesta!

Gammon no hizo ningún comentario.

Fue hacia una de las mesas del local.

La más aislada.

Robert McGavin y Christopher Baker acudieron junto a él.

— ¿Qué te ocurre, hijo? ¿No tienes sentido del humor? No hacía nada malo, ¿verdad, Robert?

McGavin optó por no responder.

Harry Gammon fijó la mirada en el anciano.

Christopher Baker lucía una llamativa camisa de dibujos geométricos a colores, pantalones a anchas rayas y botas. «Sammy», que seguía sobre su hombro derecho, portaba un lazo de seda al cuello.

— ¿De qué le has disfrazado, Robert?

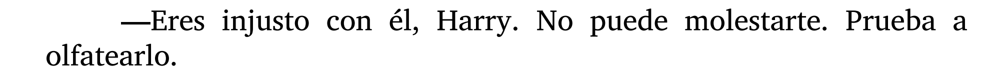
—No fue culpa mía, Harry —se disculpó McGavin, tomando asiento a la mesa—. El abuelo quiso elegir su propia ropa.

La llegada del camarero cortó la respuesta de Gammon.

—Llévate a «Sammy» de aquí, abuelo. Enciérrale en el servicio. No lo quiero a la mesa.

Christopher Baker tomó al animal entre sus brazos.

Acariciándole.



—Eres injusto con él, Harry. No puede molestarte. Prueba a olfatearlo.

No era necesario.

«Sammy» apestaba.

—Parece…

—Sí, Harry —sonrió Baker orgulloso al animal—.

Whisky. He bañado a «Sammy» con una botella de whisky de importación.

Se aproximó la muchacha que bailara momentos antes con Baker.

— ¿Me dejas a «Sammy», Chris? Quiero presentarlo a unos amigos.

—Seguro, hija.

Harry Gammon sacudió la cabeza, contemplando a la joven alejarse besando el lomo de «Sammy».

Enmudeció.

Más bien, fue incapaz de articular palabra alguna.

CAPÍTULO IX

El «Skyhaw-HS» se detuvo frente al 1749 de Landen Boulevard.

Harry Gammon rebuscó en los bolsillos hasta dar con una ficha perforada. Se la ofreció a McGavin. — ¿Qué es eso, Harry?

—Esta ficha abre la reja, Robert. Un moderno sistema de seguridad. Y esos diminutos círculos a ambos lados de las columnas son «ojos mágicos». Desde el *bungalow* identificaremos a nuestros visitantes. Contamos con televisión en circuito cerrado.

— ¡Infiernos!

—Muévete, Robert.

Robert McGavin descendió del auto.

Introdujo la ficha perforada en la caja acoplada al cierre de la enrejada puerta. Esta se abrió automáticamente expulsando la ficha que de nuevo pasó a manos de McGavin.

Tras el paso del «Skyhavvk-HS» volvió a cerrarse.

Harry Gammon no estacionó en el garaje. Frenó próximo al porche del *bungalow.*

Abrió la puerta de entrada en la vivienda.

Procedieron a entrar el equipaje.

—Quedaron algunas cosas en el apartamento, Henrry. Objetos sin importancia.

Gammon se hizo cargo de las dos mochilas. Con extremada prudencia.

Poco más tarde todo el equipaje amontonado en el auto estaba en el interior del *bungalow*. Agrupado en uno de los dormitorios. A excepción de las mochilas que fueron depositadas en el amplio salón.

— ¡Qué *bungalow,* Harry…! Esto es lo que siempre soñé —comentó Robert McGavin con admiración—. ¿Te has fijado en la televisión mural? ¡Sistema tridimensional y color!

—Tenemos algo más digno de admiración, Robert.

Gammon estaba abriendo una de las mochilas.

Fue ordenando las cajas metálicas sobre la rectangular mesa de vidrio que ocupaba el centro del salón.

—Vacía la otra mochila, Robert. Quiero comprobar si el contenido es el mismo.

McGavin obedeció.

Fue depositando las cajas de la segunda mochila sobre el sofá cercano a la mesa. Todo igual.

—Falta la «máquina de duplicar», Harry. La que utilicé en la cosmonave. La tengo bajo el asiento del auto.

—Bien. Empecemos por esta caja… La señalizada con dos círculos concéntricos.

La abrieron.

Respectivamente.

—Es…, parece un cinturón.

—Sí, Robert. Fíjate en la hebilla. Son dos discos graduados. Giratorios. Entre ambos una caja de mecanismos. Las dos flechas

indicadoras de los discos están fijas. Es como una especie de brújula, pero los gráficos de las esferas sumamente complicados. Apuesto a que este saliente del disco superior pone en funcionamiento los indicadores.

— ¡No lo presiones, Harry!

Gammon sonrió.

—Tranquilo. También resulta sorprendente el grosor del cinturón. Como si enfundara un largo mecanismo en su interior. No es piel.

—Parece metálico, ¿verdad, Harry?

—Cierto. Un material acerado de extraordinaria flexibilidad que puede... ¡Fuera, bicho!

Harry Gammon apartó de un manotazo al pequeño «Sammy» que olfateaba alrededor de la mesa.

El animal corrió hacia la puerta de doble hoja que comunicaba el salón con el jardín y la piscina. Comenzó a juguetear con el fino cortinaje.

—Pasemos a otra caja, Robert. Esta..., la alargada de color azulado. ¿La tienes?

Se escuchó un gruñido.

Gammon ladeó a cabeza hacia su compañero.

— ¿Por qué no respondes como las personas? Pareces «Sammy».

—Yo..., yo no fui...

Harry Gammon fijó su miradla en la puerta de doble hoja.

Allí seguía «Sammy» frotando ahora su morro contra los cortinajes.

El gruñido volvió a sonar. Junto a Robert McGavin.

Harry Gammon alargó la diestra bajo el sofá. Después de tantear unos instantes atrapó algo móvil. Tiró de él.

Los gruñidos se acentuaron. Gammon sacó un cerdito.

Sonrosado. Rabicorto. Con las pezuñas negras…

—Es… es… «Sammy»… pero… —McGavin tartamudeó posando su mirada en el animal que jugueteaba entre los cortinajes. Distante al que Gammon sujetaba en sus brazos—. «Sammy»… está allí…

Harry Gammon soltó al cerdito.

Se incorporó furioso.

— ¡Esto es obra de Christopher!

Abandonó precipitadamente el salón llegando hasta una de las suntuosas habitaciones del *bungalow*.

Sí.

Allí estaba Christopher Baker.

En sus manos la máquina de duplicar. Justo en el momento en que la hacía funcionar.

Había enfocado un fajo de billetes de cien dólares depositados en el suelo. Surgió el fogonazo y al instante el fajo se duplicó.

El anciano se percató de la llegada de Gammon y McGavin.

— ¡Eh, muchachos…! ¿Qué os parece? Mientras vosotros perdéis el tiempo con los objetos *mude in Marte* yo trabajo en algo más productivo. Tomé la máquina del auto y los mil dólares que Robert dejó en el salpicadero. Una fotografía y ya son dos mil dólares. Otra y aparecen cuatro mil… Calculo que ya voy por los treinta y dos mil dólares. No pararé hasta que me canse de darle al dedo.

Gammon le arrebató la máquina.

— ¡Maldita sea, abuelo! ¡Esto no es un juguete!

—Sólo quería ayudaros…

— ¿De veras? ¡Ahora tenemos dos cerditos jugueteando por el salón!

El anciano arrugó la nariz.

— ¿Sí…? Lo lamento… Sin duda «Sammy» se me cruzó en el momento de hacer la primera fotografía… Yo deseaba ayudaros. Con

todo este dinero…

Harry Gammon le interrumpió.

Propinó un puntapié a los amontonados billetes.

—Este dinero desaparecerá en cuestión de horas. Dentro de cinco o seis horas se habrá volatizado. Ese fue el tiempo aproximado de «vida» para Harry Gammon II.

— ¿Cinco horas? —los ojos de Baker adquirieron un malicioso brillo—. Magnífico. Con una sola hora nos sería suficiente. Sólo tenemos que acudir a un Banco de servicio permanente e ingresar el dinero. Si desaparece será de la caja fuerte del Banco.

—Maravilloso.

— ¿No?

— ¿Imaginas la cara del cajero al recibir billetes con la misma numeración? ¡Deja las ideas para mí, abuelo! No vuelvas a…

En ese instante resonó un penetrante zumbido a la vez que se iluminaban unas planchas camufladas en el techo de la habitación. Igual ocurrió en el techo del corredor, en el salón…

— ¿Qué es eso, Harry? —inquirió McGavin.

Gammon tragó saliva.

—Es la señal de alarma. Alguien está manipulando en la verja de entrada.

CAPÍTULO X

El control de seguridad se encontraba en el salón. Camuflado tras un cuadro. Pantalla, dispositivos de alarma y sistema de protección.

Harry Gammon accionó los diferentes mandos de la pantalla.

Ninguna imagen.

—Interferencias, ¿eh?

—Cierra la boca, abuelo —contestó Gammon, malhumorado—. Este piloto rojo indica que alguien ha franqueado la reja. Tenemos visita.

— ¡Haz funcionar los sistemas de protección! —aconsejó Robert McGavin.

Gammon pulsó la palanca.

Fue entonces cuando se produjo el chasquido. La pantalla se eclipsó y del panel de mandos empezó a salir humo y un penetrante olor a quemado.

— ¡Maldita sea, Harry! ¡Te has cargado la instalación!

—Es... es imposible..., me aseguraron que disponía de sistema antiavería; y...

Harry Gammon se interrumpió.

Una corriente de aire irrumpió en el salón. Procedente de la puerta ventanal que comunicaba con el jardín. %

Las cortinas se abrieron.

Apareció un individuo.

De unos treinta y cinco años de edad. Rostro inexpresivo. Con largas patillas que se unían a una fina barba. Se cubría con una gabardina gris de fibra «Locroy». En su diestra una extraña arma. Una pistola de ancho y corto cañón formando anillos bicolores e

independientes. La culata era circular. El gatillo estaba formado por una palanca móvil que nacía de la culata.

El cañón apuntaba a los perplejos Gammon, McGavin y Baker.

— ¿Quién es usted...? ¿Qué quiere? El hombre no respondió a la pregunta de Harry Gammon.

Su mirada se posó en las dos mochilas. Esbozó una sonrisa.

—Insensatos... Pagaréis con la vida vuestra imprudencia. Eso no os pertenece.

— ¿Se refiere a las mochilas? —rió McGavin nerviosamente—. Las encontramos olvidadas en una cabina telefónica. Precisamente tratábamos de localizar al propietario.

En el rostro del individuo se reflejó una mueca de desprecio.

—Nuestros informes eran correctos. Los terrestres son una raza inferior. De reducida inteligencia.

Robert McGavin asintió con un repetido movimiento de cabeza.

—Sí, señor. Totalmente de acuerdo. Para inteligentes, los marcianos. Ustedes sí que son tipos listos. Les admiro mucho, ¿sabe?

—No soy marciano.

—Ah... ¿Natural de Venus tal vez?

— ¡Basta! —exclamó el individuo. Con el cañón del arma señaló a Gammon—. Tú... cierra las mochilas. Sin guardar el traslator.

— ¿El qué?

—Eso que para vosotros es un vulgar cinturón. Ciñe cada uno de ellos a las mochilas. Harry Gammon obedeció. —Bien... Ahora retrocede.

El individuo llegó hasta las mochilas. Manipuló en el disco interior fijando sus flechas indicadoras en determinada posición. Presionó el disco exterior hasta hacer coincidir su circunferencia con el interior.

La mochila se volatizó.

Desapareció sin dejar el menor rastro.

Ante los incrédulos ojos de Gammon y McGavin. Christopher Baker, por el contrario, comenzó a aplaudir histérico.

— ¡Bravo…! ¡Bravo…! Un buen truco.

El individuo manipulaba ahora en el disco del cinturón que ceñía la otra mochila.

Sin dejar de encañonarles.

La segunda mochila también se esfumó.

—Ahora es vuestro turno —el hombre hizo girar levemente la última anilla del anélido cañón—. Será una muerte rápida y sin dolor.

Fue «Sammy».

Al corretear tras «Sammy II».

Ambos procedían del jardín. Se adentraron en el salón gruñendo alborozados.

El individuo ladeó instintivamente la cabeza dando unos pasos hacia atrás. Justo en el momento en que saltaban tos dos animales.

El hombre trastabilló.

Harry Gammon le ayudó a caer.

Abalanzándose sobre él en acrobático salto.

Los dos hombres cayeron sobre el sofá y acto seguido al suelo.

Se escuchó una detonación.

Muy tenue.

Acompañada de un fogonazo rojizo.

Harry Gammon se incorporó lentamente.

Contempló al individuo que yacía en el suelo. Con los ojos desorbitados y el rostro desencajado. Su diestra aún aferraba el arma. Con el cañón en el estómago.

No había herida visible.

—Se le disparó esa demoníaca pistola…

—Has vuelto a nacer, Harry.

—Seguro, Robert. Yo no…

Harry Gammon enmudeció a la vez que retrocedió sin ocultar una mueca de terror.

El hombre que yacía en el suelo se estaba difuminando. Poco a poco. Evaporándose. A los pocos segundos sólo quedaba el aura de su silueta que también terminó por desaparecer.

Como única prueba de lo ocurrido, la extraña arma sobre la alfombra.

Gammon, McGavin y Baker permanecieron inmóviles.

Como hipnotizados.

Con la mirada fija en el suelo.

Incapaces de articular palabra.

En un silencio sólo turbado por el gañir de «Sammy» y su doble.

Christopher Baker fue el primero en reaccionar.

Del acristalado mueble bar tomó una botella de selecto whisky escocés. Se aplicó el gollete a los labios haciendo bajar el nivel del líquido considerablemente.

—De acuerdo, muchachos —murmuró Baker pasando el dorso de la mano por los humedecidos labios—. Habéis ganado. Regreso a la Booth Mountain. A mi deliciosa pocilga que jamás debí abandonar.

Gammon y McGavin no respondieron.

El anciano abandonó el salón. Retornó a los pocos minutos. En sus manos la máquina de duplicar. Fajos de billetes asomaban por los bolsillos de Baker.

—Aquí tenéis esto…

— ¡Infiernos! —la reacción de McGavin fue total—. ¡Nos ha quedado la máquina de duplicar!

Harry Gammon se la arrebató al anciano.

—Ni tan siquiera tuvimos tiempo de inspeccionar todos los objetos de las mochilas, pero apuesto a que esta máquina es uno de los más valiosos.

—Adiós, hijos.

— ¿Adónde vas, abuelo?

—Regreso a Ardensville. Creí que ya nada me podía asombrar, pero todo esto es demasiado. Mochilas que desaparecen, fulanos que se esfuman...

—En los *Hombres-Humo* ocurría otro tanto —comento McGavin —. Una novela muy buena.

Harry Gammon rodeó los hombros del anciano.

—No puedes regresar solo abuelo. Y menos a estas horas de la noche. San Francisco no es Ardensville.

—Tengo dinero. Miles de dólares. Contrataré una avioneta.

—Ese dinero se esfumará, ¿no lo recuerdas?

—Seguro, pero yo no soy idiota. Son billetes de cien dólares. Los iré cambiando por moneda pequeña en diferentes lugares de San Francisco. Y el dinero que reciba sí será del bueno. ¿Me ayudas a coger a «Sammy»?

— ¿Cuál de los dos?

Baker se rascó tras la oreja izquierda. Pensativo.

—Me llevaré a los dos. Ya desaparecerá el falso. Aquí lodo desaparece, maldita sea.

—Aún no hemos cenado, abuelo. Es preferible que marches mañana. Robert te acompañará hasta el mismísimo Ardensville.

El anciano denegó con un movimiento de cabeza.

—Muy amable, Harry; pero este *bungalow* es poco seguro. Estimo mi arrugado pellejo y quisiera conservarlo algún tiempo más.

Robert McGavin se atizó un trago de whisky.

Pasó la botella a Baker.

—El abuelo tiene razón. Este *bungalow* es una ratonera. No funcionan los sistemas visores, los de protección averiados...

—Apuesto que todo fue obra del alienígena. El alteró los sistemas de seguridad del *bungalow*.

—Oye, Harry... ¿Cómo diablos pudo dar con nosotros?

Gammon sonrió.

Encendió un emboquillado. %

—Buena pregunta, Robert. Tal vez nos siguieran desde Ardensville. Esperemos que... ¡Silencio!

— ¿Qué ocurre?

Harry Gammon arrojó el cigarrillo. Se inclinó para apoderarse de la pistola de cañón segmentado.

—Hay alguien en el jardín...

Gammon avanzó hacia la doble hoja del salón, pero se detuvo a mitad de camino. Sí.

Había alguien en el jardín. Ahora fue visible.

Caminando lentamente hacia el salón. Una muchacha.

Una joven de seductora belleza. La larga mata de sus sedosos cabellos negros caía majestuosamente sobre los hombros. Su rostro era de un perfecto óvalo. Ojos rasgados color ágata. Labios gordezuelos.

Lucía un modelo de traje pantalón en «Lycramoll». Enfundado a su cuerpo como una segunda piel. La fibra modelaba con todo detalle los erectos senos femeninos, la estrecha cintura y la suave redondez de las caderas. Una roja capa anudada al cuello contrastaba con la endrina vestimenta. Calzaba botas blancas hasta la rodilla.

La muchacha esbozó una sonrisa. Consciente del estupor que despertaba. —Buenas noches, amigos.

— ¿Quién eres? —interrogó Harry Gammon que, aunque sorprendido por la presencia y belleza de la muchacha, mantenía en horizontal el cañón del arma.

La joven se adentró en el salón.

Aproximándose a Gammon.

La sonrisa siguió en sus carnosos labios.

—Soy uno de los tripulantes de la cosmonave.

CAPÍTULO XI

Harry Gammon, contrariamente a sus compañeros McGavin y Baker, no se inmutó. Después de los anteriores sucesos ya nada le sorprendía.

La joven fijó su mirada en Gammon.

—Puedes dejar el arma, Harry. La multifuego «Ritger» es peligrosa en manos inexpertas.

Harry Gammon aceptó el consejo.

Dejó el arma sobre la mesa. Junto a la máquina de duplicar.

— ¿Cómo sabes mi nombre?

—Disparé un proyectil-escucha antes de entrar en el *bungalow*. Se acopló en la fachada y me transmitió vuestra conversación. Según he deducido, llegué poco después de la visita de uno de mis... compañeros.

Robert McGavin se aproximó nerviosamente a la muchacha.

— ¿De dónde procedes...? ¿Cuál es tu nombre?

— ¿Me tienes miedo, Robert?

—Yo... yo no...

Del bolsillo interior de la roja capa extrajo una cartera portadocumentos. La abrió mostrando unos billetes de mil dólares junto a diversas tarjetas de crédito e incluso *travelers cheks* internacionales.

Tendió a McGavin la ficha perforada de identificación oficial USA.

Robert McGavin entornó los ojos.

—Karla Harvey, veintidós años de edad, nacida en Lordsburg, Nuevo México, ciudadana norteamericana con...

La muchacha le arrebató la ficha.

— ¿Satisfecho ya, Robert?

—Sí... ¡No, maldita sea...! ¡No puedes ser ciudadana norteamericana...!

—Los norteamericanos invaden la Tierra —masculló Christopher Baker avanzando con torpe paso hacia el mueble bar. Tomó la botella de whisky—. Tenía que ocurrir... Ya no nos quedaba nada por invadir.

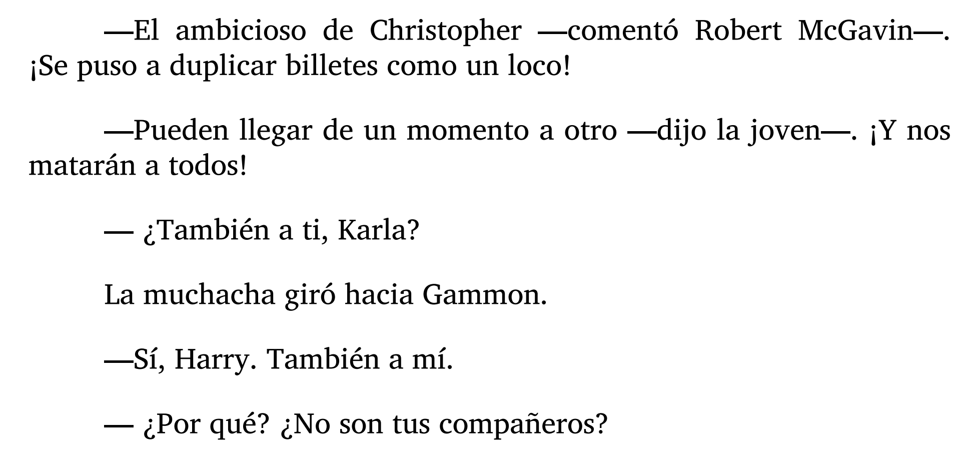
—Correcto, Karla —Gammon recalcó irónico el nombre—. Para vosotros debe resultar muy sencillo falsificar documentos considerados aquí como irreproducibles. Ahora contesta a las preguntas de Robert. Tu verdadero nombre y lugar de procedencia.

La muchacha asintió con un movimiento de cabeza.

—Por supuesto que explicaré todo, pero ahora es preciso abandonar de inmediato este *bungalow*. De seguro habrán detectado, al igual que yo, el funcionamiento del transmultiplicador.

— ¿Te refieres a la máquina de duplicar?

—Sí. Al funcionar emite unas invisibles radiaciones que son recibidas por el unicaptador. Un sensor standar detecta y clasifica todo tipo de radiación. Forma parte del equipo almacenado en las mochilas de la cosmonave. Al funcionar una sola vez el transmultiplicador posiblemente no dé tiempo a detectar el lugar de origen, pero sí cuando se acciona repetidamente.



—El ambicioso de Christopher —comentó Robert McGavin—. ¡Se puso a duplicar billetes como un loco!

—Pueden llegar de un momento a otro —dijo la joven—. ¡Y nos matarán a todos!

— ¿También a ti, Karla?

La muchacha giró hacia Gammon.

—Sí, Harry. También a mí.

— ¿Por qué? ¿No son tus compañeros?

—Confiar en mí. Al igual que yo en vosotros. Los cuatro estamos sentenciados y permanecer más tiempo aquí resulta suicida. Eso es lo único cierto. Recoger vuestras pertenencias más indispensables y cambiar de domicilio. Tengo un auto en Landen Boulevard. Próximo al *bungalow*.

Harry Gammon dudó.

Unos instantes.

Asintió.

—*Okay*. Lleva de nuevo las maletas al «Skyhawk-HS», Robert. El abuelo irá contigo. Yo acompañaré a nuestra misteriosa Karla Harvey.

— ¡No olvides a «Sammy» y su gemelo! —advirtió Christopher Baker sin dar descanso a la botella de whisky.

La operación de retirada fue rápida.

Minutos más tarde McGavin v Baker se acomodaban en el asiento delantero del «Buick». En el trasero se amontonaba desordenadamente el equipaje.

Harry Gammon había introducido en un maletín el transmultiplicador y la pistola «Ritger».

— ¿Cuál es tu auto, Karla? ¿Aquel «Ford»?

—Sí.

—No nos pierdas de vista, Robert.

—Tranquilo, Harry.

Karla Harvey se inclinó sobre la ventanilla del «Skyhawk-HS». Alargó su diestra para dejar sobre el salpicadero una pequeña esfera que quedó adherida.

— ¡Eh!, ¿qué es eso? —se alarmó Christopher Baker elevando su voz sobre el gruñir de los dos cerditos que jugueteaban en su regazo —.¿No será una bomba?

La carcajada de la muchacha no tranquilizó en lo más mínimo a los ocupantes del «Buick».

—Es para comunicarnos entre los dos autos.

Harry Gammon v la joven se encaminaron hacia el «Ford», distante unas diez yardas.

Un modelo de 1980 de aerodinámico diseño.

—Yo me he instalado en una cabaña del motel The Rosary, Harry. En las afuera*de San Francisco. Al inicio de la pista que bordea la Monterrey Bay. Es un lugar tranquilo y discreto. La cabaña contigua a la mía está desocupada.

—De acuerdo, nena. Iremos allí.

Se acomodaron en el interior del «Ford».

La joven frente al volante.

Iniciaron la marcha seguidos del «Skyhawk-HS».

—Para llevar poco tiempo entre nosotros conoces bien la ciudad —dijo Gammon con cierta sorna—. ¿Un cigarrillo?

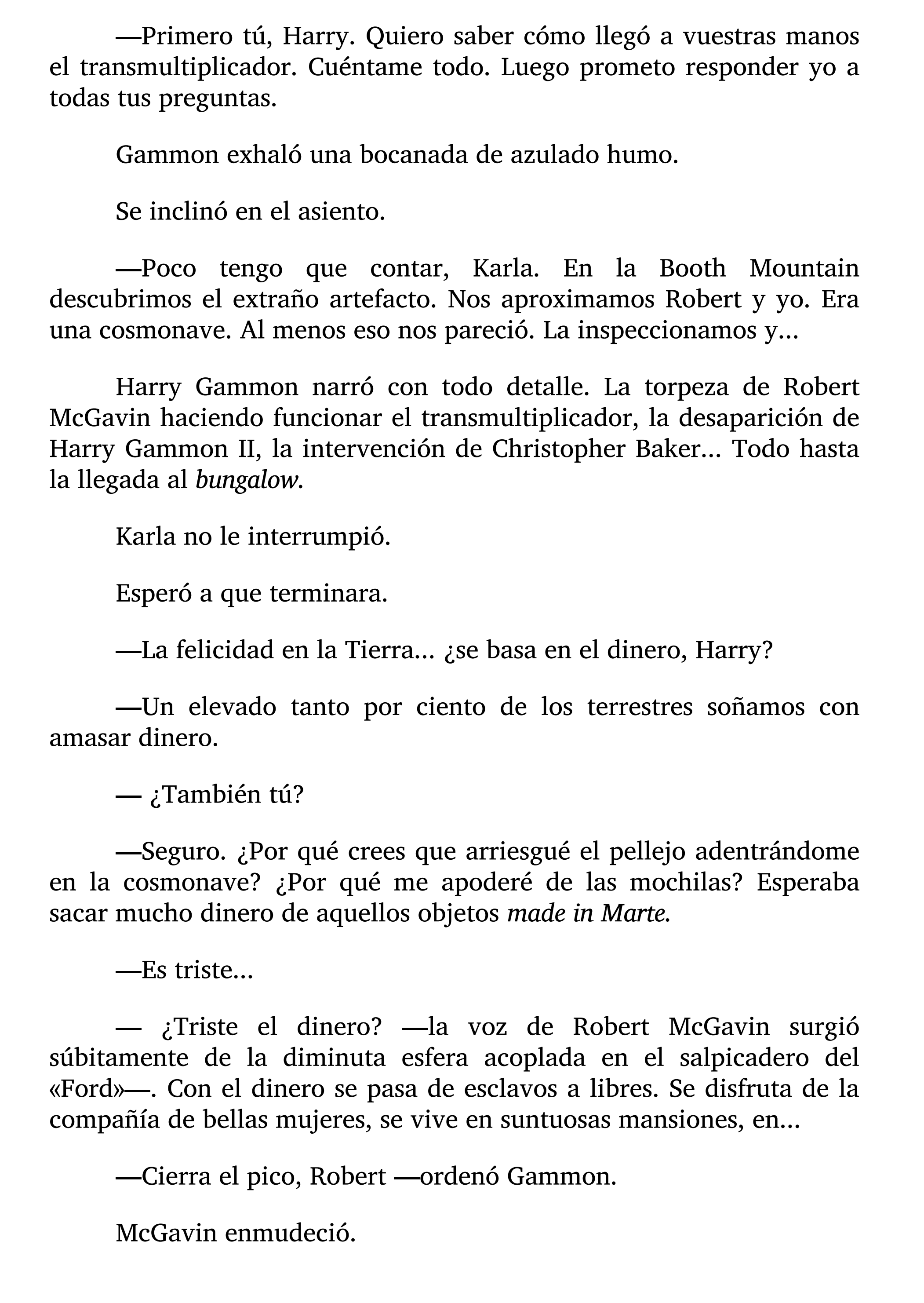
—No.

— ¿No fumáis los marcianos?

—No somos marcianos, Harry. No hay vida en Marte. La hubo, pero la diferencia de edad geológica con respecto a la Tierra y otros planetas del Sistema Solar lo muestra como un terreno desolado.

—Oye, Karla... o como diablos te llames. Necesito...

—Karla. Llámame así, por favor. Es mi nombre. El otro, el



verdadero, quiero olvidarlo. Al igual que mi origen.

—Explícate.

—Primero tú, Harry. Quiero saber cómo llegó a vuestras manos el transmultiplicador. Cuéntame todo. Luego prometo responder yo a todas tus preguntas.

Gammon exhaló una bocanada de azulado humo.

Se inclinó en el asiento.

—Poco tengo que contar, Karla. En la Booth Mountain descubrimos el extraño artefacto. Nos aproximamos Robert y yo. Era una cosmonave. Al menos eso nos pareció. La inspeccionamos y...

Harry Gammon narró con todo detalle. La torpeza de Robert McGavin haciendo funcionar el transmultiplicador, la desaparición de Harry Gammon II, la intervención de Christopher Baker... Todo hasta la llegada al *bungalow.*

Karla no le interrumpió.

Esperó a que terminara.

—La felicidad en la Tierra... ¿se basa en el dinero, Harry?

—Un elevado tanto por ciento de los terrestres soñamos con amasar dinero.

— ¿También tú?

—Seguro. ¿Por qué crees que arriesgué el pellejo adentrándome en la cosmonave? ¿Por qué me apoderé de las mochilas? Esperaba sacar mucho dinero de aquellos objetos *made in Marte.*

—Es triste...

— ¿Triste el dinero? —la voz de Robert McGavin surgió súbitamente de la diminuta esfera acoplada en el salpicadero del «Ford»—. Con el dinero se pasa de esclavos a libres. Se disfruta de la compañía de bellas mujeres, se vive en suntuosas mansiones, en...

—Cierra el pico, Robert —ordenó Gammon.

McGavin enmudeció.

La muchacha conocía bien San Francisco.

No se adentró en la ciudad para enlazar con la autopista que circundaba la Monterrey Bay, sino que seleccionó las rutas más directas y de menos tráfico. Evitando el conflictivo casco urbano.

—Es tu turno, Karla —dijo Harry Gammon ante el prolongado mutismo de la joven—. También yo quiero conocer la historia con todo detalle.

Karla esbozó una sonrisa.

Su rostro se ensombreció.

Su voz se tornó amarga.

Todo empieza en Boosfor, un planeta de la Vía Láctea...

CAPÍTULO XII

—Boosfor es un planeta muy semejante a la Tierra en cuanto a tamaño, diámetro y densidad. También dependemos de un astro lumínico que se corresponde con vuestro Sol. Nuestra tecnología, es muy avanzada. Hace ya siglos, te hablo en términos terrestres para tu comprensión, que iniciamos la exploración del Espacio. Boosfor dispone de una docena de cosmodromos y estaciones espaciales en todos los planetas de nuestro Sistema.

«Boosfor es un planeta a extinguir. Sentenciado. Los recursos naturales cada vez más reducidos, y aunque perfectamente reemplazados por sustancias artificiales, amenazados por una superpoblación cada vez más inquietante. En Boosfor dominan dos grandes potencias. La AIC y la BGK. Dos naciones que con su desorbitado poder humillan a las restantes. Los países pequeños luchan entre sí para sobrevivir. Bajo la indiferente mirada de las dos grandes potencias. Y si intervienen, es para repartirse el territorio en conflicto.

— ¡Eh, Karla! —la cascada voz de Christopher Baker sonó por el esférico micro—. ¿No estarás hablando de la Tierra? <

Llegó también la voz de McGavin:

—Es cierto. Aquí también...

— ¡Callad, maldita sea! —exclamó Harry Gammon—. Sigue, Karla.

La muchacha pareció no percatarse de la interrupción.

Mantenía la mirada fija en el parabrisas. Conduciendo hábilmente el «Ford» por las empinadas calles de San Francisco.

—Hace algunos años la AIC y la BGK unieron sus esfuerzos para la conquista del Espacio. Exploraron todos los planetas de nuestro sistema. No había posibilidad de vida en ninguno de ellos, pero sí encontraron fuentes de energía. Avanzamos fuera de nuestro Sistema. En busca de un planeta semejante a Boosfor. Lo encontramos en otra «familia planetaria». Uno de los planetas estaba habitado. Seres semejantes a nosotros. Se denominaba Aotely. Nuestras cosmonaves tomaron contacto en distintas zonas del planeta. Estudiamos sus características, tomamos diferentes *specimens,* enviamos sondas... Después de largo y minucioso examen se llegó a la conclusión de que era un planeta apto para los habitantes de Boosfor. La «Operación Aotely» entró en su segunda fase. El envío de hombres de Boosfor para que se confundieran entre los de Aotely y convivieran con ellos.

— ¿Con qué fin? —interrogó Gammon.

—Cuando nuestros científicos determinen con exactitud el fin de Boosfor, se procederá a la invasión de Aotely. La «Operación Aotely» es llevada a cabo por los Gobiernos de AIC y BGK. Ellos serán los beneficiados. Los restantes habitantes de Boosfor están condenados a perecer. Con vosotros, moradores de la Tierra, ha ocurrido otro tanto. Durante años, sois conscientes de ello, habéis sido visitados por OVNI. Todos ellos procedentes de Boosfor.

— ¿También está proyectado el invadimos?

—No. La Tierra y Boosfor son muy semejantes. Casi dos planetas gemelos. La Tierra está muy distante de nuestro Sistema. Es más factible la invasión de Aotely. Sus habitantes son también menos inteligentes que los terrestres. Será todo más sencillo. No obstante, los gobiernos de AIC y BGK han acelerado sus investigaciones sobre la Tierra. Ya casi os conocemos a la perfección, para ampliar esos conocimientos se proyectó la «Operación Psiquis Tierra». Dos cosmonaves, con tres tripulantes cada una, tomaron contacto con la Tierra. Sus tripulantes entrarían a formar parte de la sociedad terrestre. Yo era una de las seleccionadas para llevar a cabo la operación. Nuestra misión era estudiar las reacciones de los terrestres,

su modo de pensar, conocer sus puntos débiles, sus virtudes... Después del estudio, retornaríamos a Boosfor. El hipotético proyecto de invadir la Tierra es remoto. Casi se puede afirmar que lo tenemos totalmente descartado. Sería prácticamente improductivo.

— ¿Por qué?

—Nuestros expertos en exobiología coinciden al afirmar que la Tierra es también un planeta condenado. Actualmente vuestros recursos naturales ya empiezan a flaquear, pero no es sólo eso. Estudios de los científicos de Boosfor han determinado el fin de vuestro Sistema Solar. Se producirá allá por el año 3000. Un cataclismo cósmico que afectará a la Tierra, Marte, Venus y Mercurio. En el 2800, o tal vez un poco antes, el Sol se desintegrará. Todo ello si no sois víctimas primero de una catástrofe ecológica.

— ¿Qué quieres decir, Karla?

—Vuestra población se duplica cada cinco años. La contaminación también es alarmante. La biosfera que envuelve la Tierra, oxígeno, agua y otras sustancias químicas que hacen posible la existencia, puede quedar en desequilibrio y con ello originar el fin. No, Harry... La Tierra no interesa a Boosfor. Nuestra presencia aquí es ampliar conocimientos. La «Operación Psiquis Tierra» es nuestra última fase. La galaxia a la que ambos pertenecemos cuenta con seiscientos millones de planetas. Muchos donde investigar. Yo no lo haré. He decidido quedarme aquí. Entre vosotros.

Harry Gammon arqueó las cejas.

Con la mirada fija en la muchacha.

— ¿Quedarte en la Tierra? ¿Definitivamente?

—Sí, Harry, No es un planeta perfecto, pero sí mejor que Boosfor. Allí impera el odio, la maldad, la codicia, la violencia, la esclavitud..., el poderoso aplastando al débil,

—Lo dicho —rió Christopher Baker haciendo llegar nuevamente su voz—. Estás describiendo a nuestra amada Tierra.

Karla sonrió.

Levemente.

—No, Christopher. Lo vuestro, al menos por ahora, es para mí

como un paraíso Tal vez con el paso de los años desemboque en un segundo Boosfor; pero yo ya no lo presenciaré. Mi metabolismo, idéntico al vuestro, me señala un promedio de vida que oscila en los cien años.

— ¡Infiernos! —exclamó Robert McGavin—. No está nada mal. Aunque eso supongo será allá en Boosfor. Aquí, con nuestra creciente contaminación, te pudres a los cuarenta años.

La muchacha rió ahora más abiertamente ante la perplejidad de Robert.

—Aun a pesar de todo ello la Tierra es un paraíso. Lo comprenderías al conocer Boosfor, Cualquiera de sus habitantes firmaría por quedarse en la Tierra.

—En eso te equivocas —dijo Gammon encendiendo un nuevo cigarrillo—. Tus compañeros de tripulación no opinan así. Quieren matarte, ¿no es cierto? Castigar tu deserción.

—Ellos no pueden opinar, Harry.

— ¿Por qué no?

—Son simples duplicados de los astronautas que ahora permanecen tranquilamente en sus hogares de Boosfor.

Harry Gammon interrumpió el iniciado ademán de llevar el cigarrillo a los labios.

Tragó saliva.

Sin evitar un escalofrío.

— ¿Quieres decir...? ¿Los tripulantes de las cosmonaves son... son duplicados?

—Sí, Harry.

CAPÍTULO XIII

Llegaron al motel.

Tomaron la cabaña contigua a la previamente ocupada por Karla Harvey. Mientras trasladaban el equipaje la muchacha se dedicó a preparar la cena.

Cada cabaña del motel disponía de un buen surtido de alimentos congelados y deshidratados. También de un horno esférico portátil.

La mesa quedó pronto preparada.

Resultó una exquisita cena.

Christopher Baker lo confirmó con un sonoro eructo que fue coreado por «Sammy I» y «Sammy II».

Se hallaban reunidos en el comedor salón.

— ¿Cuánto te queda de vida, Karla? —inquirió Gammon sirviéndose una copa de brandy—. ¿Cuándo… desaparecerás?

—No comprendo tu pregunta.

—Harry Gammon II no llegó a las doce horas su deambular. ¿Y tú? Has dicho que los tripulantes de las cosmonaves son duplicados, ¿no?

Karla no respondió.

Fue hacia el maletín donde se guardaban el transmultiplicador y la «Ritger». Tomó el primero de ellos y pulsó al unísono las dos palancas negras.

Los dos cerditos correteaban por la estancia.

Uno de ellos se volatizó.

«Sammy», *el verdadero,* comenzó a gruñir y correr tropezando con todos los muebles. Buscó refugio en los brazos de Baker.

—Los efectos del transmultiplicador son temporales —explicó Karla guardando el preciado aparato en el maletín—. Conociendo su manejo es fácil fijar el tiempo deseado para la duplicidad. De no determinarse, nunca será superior a las siete horas. Para… borrar la duplicidad basta con pulsar al mismo tiempo los dos mandos negros. Este es un modelo experimental diseñado exclusivamente para los tripulantes de las cosmonaves en misiones de exploración en planetas. Los Gobiernos de AIC y BGK disponen de un transmultiplicador central. Sólo dos en todo Boosfor.

Robert McGavin chasqueó la lengua.

—Oye, Karla… Si esas máquinas pueden duplicar cualquier cosa, ¿por qué no multiplicar los alimentos para repartir entre todos los habitantes de Boosfor?

—Tu pregunta es ingenua, Robert. Tienes un buen ejemplo en la Tierra. Los EE. UU., la URSS y otras potencias europeas pueden terminar con el hambre y la miseria en los países del denominado Tercer Mundo. ¿Por qué no lo hacen? ¿Por qué arrastran esa situación durante décadas? En cuanto a tu pregunta, Harry, no tengo respuesta. Viviré el tiempo que designe Dios. El Dios de la Tierra, el de Boosfor… Poco importa el nombre. Es uno solo.

—Pero tú… tú eres…

—No, Harry. No soy un doble. Logré engañar al Gobierno de AIC. Ellos, bajo el falso pretexto de proteger vidas humanas valiosas, duplican a los astronautas?. Lo cierto es que temen que no regresen jamás, que deserten y busquen el más desolado planeta como refugio que les libre de la tiranía reinante en Boosfor. Yo… *suplanté a mi doble.* Las dos cosmonaves fueron transportadas por el espacio en una nave nodriza. Esta no puede tomar tierra y despegar como las cosmonaves. Es una especie de cosmodromo volante. Se encuentra ahora en un punto del espacio poco distante de la Tierra. De allí partieron las dos cosmonaves. La mía debía aterrizar en Sudamérica, pero una avería la precipitó en la Booth Mountain.

—Ya sabía yo que California no era la zona preferida por los platillos volantes —dijo McGavin dándoselas de entendido.

La joven sonrió.

—Cierto, Robert. No es de las preferidas. Fue accidental. Nada más producirse la avería, el complejo computador de la nave nodriza entró en funcionamiento. Como primera medida hizo desaparecer a la tripulación para proceder al autofuncionamiento de la cosmonave. Mis dos compañeros, predestinados a una simple presión del transmultiplicador que les dio origen, se esfumaron. Conmigo, al no ser un duplicado, nada ocurrió. Sí desapareció mi doble allá en mi hogar de Boosfor. Consciente de que era observada por las pantallas receptoras de la nave nodriza, y por temor a que desintegraran el aparato conmigo dentro, escapé de inmediato portando una de las mochilas de defensa e investigación.

—Lo tenías todo planeado, ¿verdad?

—Sí, Harry. Pensaba quedarme aquí. Ajena a las instrucciones recibidas de AIC y BGK. Desligada por completo de mis compañeros de misión. Ellos, por supuesto, sí cumplirán las órdenes. Saben que dependen de una simple presión del transmultiplicador.

—Yo combatí con uno de ellos. Se le disparó el arma. Se volatizó.

—La «Ritger» estaba en su anillo desintegrador. La máxima potencia destructora del arma. Mi compañero quería borrar todo rastro de vosotros. Somos iguales a los terrestres. Un corazón, pulmones... Para acabar con nosotros es suficiente una bala del treinta y ocho de las utilizadas por la policía USA.

— ¿Cómo sabes tantas cosas de nosotros, Karla? ¿Cómo puedes conocer San Francisco si jamás has estado aquí con anterioridad?

La muchacha sonrió.

—Fui seleccionada para la «Operación Psiquis Tierra». En Boosfor es posible adquirir conocimientos mediante comunicación electrónica dirigida por estimulación del cerebro. Es sencillo desarrollar la inteligencia por interconexión eléctrica del cerebro con un calculador. Domino el inglés, francés, español, italiano, alemán... y conozco a la perfección la geografía e historia de la Tierra. En anteriores incursiones se fueron recopilando todos estos datos que fueron almacenados en un computador. Y de éste a mi cerebro.

—Inteligencia y memoria artificial —intervino nuevamente Robert McGavin—. Eso también lo leí en una novela de ciencia

ficción.

—Para nosotros ya no es ciencia ficción. Desgraciadamente, la tecnología lograda es controlada y dosificada por las dos grandes potencias que ejercen su tiranía en Boosfor. Quiero olvidarme de ellas. De Boosfor. Mi deseo es quedarme aquí. Pasaré desapercibida siempre que vosotros mantengáis el secreto. Mi nombre es ahora Karla Harvey. Tengo los documentos que lo acreditan.

— ¿Falsos?

—No, Harry. No pueden considerarse como falsos. Me fue fácil imitar la técnica utilizada por la Administración USA para confeccionar las fichas oficiales de identificación.

—Por nosotros nada tienes que temer, Karla; pero. .

¿Y ellos?

—Intentarán destruirme para castigar mi deserción. Sé que están cerca. He detectado la proximidad de una de las cosmonaves. Sus tres tripulantes me estarán buscando. Y también a vosotros. Yo he sido muy prudente utilizando los objetos del equipo de la mochila. Os ruego que, al menos durante ocho horas, no hagáis funcionar ninguno.

—Sólo nos queda el transmultiplicador y la pistola. El hombre que nos visitó sujetó las mochilas con dos cinturones y las hizo desaparecer.

— ¿Te fijaste cómo situó los indicadores del disco? —interrogó Karla con marcado interés.

Harry Gammon denegó con un movimiento de cabeza.

—Lo lamento, Karla. ¿Era importante?

—Esos cinturones son dos equipos de teletraslación. Mi compañero sin duda «envió» las mochilas a la cosmonave. Conocida la posición de los indicadores deduciría el lugar.

—Oye, Karla..., ¿por qué has comentado que dentro de ocho horas sí podemos utilizar los objetos *made in Marte?*

La muchacha rio ante la pregunta de McGavin.

Divertida por el calificativo de *made in Marte.*

—*Made in Marte...*, siempre se asocia a los extraterrestres con los marcianos. Dentro de ocho horas el peligro habrá desaparecido. La nave nodriza debe emprender su regreso hacia Boosfor. Así está programado.

—Conseguiremos burlarles durante ese tiempo, Karla.

—Gracias, Harry... A los tres.

La joven se encaminó hacia la puerta.

Harry Gammon fue tras ella. En su diestra el maletín conteniendo el transmultiplicador y la «Ritger».

—Te acompañaré, Karla. No es prudente que permanezcas sola.

La muchacha no respondió.

Pasaron a la cabaña contigua.

En el dormitorio estaba la mochila que Karla tomara de la cosmonave. También una maleta aún con el envoltorio de los grandes almacenes Lockwood de Market Street. Así como paquetes del mismo comercio.

—Estuve de compras —sonrió Karla—. No me resulta difícil adaptarme a la moda femenina de aquí. Es extraño. .. Son muchas las cosas en común existentes entre la Tierra y Boosfor. Es como retroceder al Boosfor de hace siglos.

— ¿Quieres que me quede aquí, Karla?

Se miraron a los ojos.

Intensamente.

—Sí, Harry.

La joven se despojó de la roja capa.

No se movió cuando las manos de Harry Gammon se posaron en su cintura. Descendieron acariciando las caderas para retornar de nuevo a la cintura.

— ¿Qué tratas de averiguar, Harry? Soy como las demás mujeres de la Tierra. ¿No sientes el latir de mi corazón?

Sí.

La mano derecha de Gammon percibía el fuerte latir del corazón femenino.

— ¿Cómo es el amor en Boosfor, Karla?

—No hay amor, Harry. Odio y maldad en los tiranos. Para el pueblo oprimido queda la desesperación, la ira, la impotencia… No hay lugar para el amor. Espero encontrarlo aquí.

Los carnosos labios de Karla se entreabrieron.

Harry Gammon los besó.

Se fundieron en un abrazo.

El cuerpo de la muchacha se fue arqueando hasta que, controlado por Gammon, reposó suavemente sobre el lecho.

Unido al de Harry Gammon.

También él comprobó que los latidos de su corazón aumentaban el ritmo.

Consciente de que iba a vivir la más extraña y sorprendente noche de amor.

Dos seres de diferente planeta.

Aunque…

No.

Nada había de sorprendente.

Simplemente eran un hombre y una mujer.

CAPÍTULO XIV

Harry Gammon apartó los cortinajes del ventanal. Aún no había amanecido.

Succionó el cigarrillo desviando la mirada hacia el lecho.

Karla dormía plácidamente. Un dulce sueño que se reflejaba en la serena belleza de su rostro. Los senos palpitantes en un rítmico subir y bajar.

Gammon consultó el digital de su reloj de pulsera.

Dentro de tres horas todo peligro habría terminado.

La fantástica aventura vivida concluiría felizmente.

Sólo tres horas y...

Un leve ruido turbó los pensamientos de Gammon.

Giró con rapidez lijando su mirada en la puerta de entrada al dormitorio. La cerradura con moderno sistema de teclado, cuya combinación era dada por el recepcionista del motel junto con un variado sistema de opciones, estaba en funcionamiento.

Harry Gammon se precipitó hacia el maletín depositado sobre uno de los muebles de la habitación.

— ¡Despierta, Karla!

La exclamación de alerta pronunciada por Gammon coincidió con el abrir de la puerta.

Un individuo surgió bajo el umbral.

En su diestra una «Ritger».

— ¡Dispara, Harry! —gritó Karla sentada en el lecho, somnolienta, pero percatándose del peligro.

Gammon accionó la palanca del disparador.

Adelantándose al intruso.

Un invisible rayo le alcanzó de lleno haciéndole caer. Comenzó a difuminarse. Antes de que desapareciera por completo apareció un segundo individuo.

Karla había saltado del lecho.

Del cajón de la mesa de noche se apoderó de su «Ritger».

Fue Karla quien disparó sobre el segundo individuo. Harry Gammon trató de hacerlo, pero su arma no funcionó.

— ¡Maldita sea...! ¿Qué le ocurre? ¡No dispara!

La muchacha, sin desviar el cañón de la puerta de entrada, se aproximó.

—Presionas el botón de bloqueo, Harry. Con tu dedo pulgar.

—Está casi sobre la palanca de disparo...

—La peligrosidad del arma lo requiere, Harry. Se debe presionar siempre el seguro hasta que llegue el momento de disparar.

—Nos han descubierto...

Karla anudó al cuello la roja capa. Semiocultando así su turbadora desnudez.

—Sí, Harry. Ahí están.

—Bus de ellos han... han desaparecido. ¿Cuántos pueden ser?

—Lo ignoro. Éramos tres por cosmonave. Yo la única mujer. En la nave nodriza la tripulación es de ocho hombres. De seguro que sólo utilizan a los de las cosmonaves.

—Entonces... quedan solamente dos. Dos eliminados aquí y el del *bungalow,* ¿verdad?

—Dos... o veinte. Ignoro los «duplicados» que han hecho para dedicarlos a mi captura.

Harry Gammon se estremeció.

—Voy a avisar a la policía, Karla. Si aguantamos unas horas...

—No te molestes. El teléfono no funciona.

Gammon tomó el micro.

Tecleó en las fichas.

—Es... es cierto... No funciona.

—Pueden bloquear su funcionamiento a distancia, Harry. ¿Conoces la caja que guarda el equipo de teletraslación? Me refiero al cinturón que...

—Sí, Karla.

—Búscala en la mochila. Espero que nos sirva a los dos. Mi cintura es muy estrecha. ¿Dónde quieres ir, Harry? Miami Beach, Las Vegas, Nueva York...

Gammon manipuló nerviosamente en el cierre de la mochila.

— ¡Lejos de aquí! ¿Puede ser Alaska?

Súbitamente brotó del suelo de la habitación una columna de humo. De una luminosidad cegadora aunque fugaz.

Comenzó a perfilarse la figura de un individuo. Su aura.

Paulatinamente se hizo visible.

Lucía una vestimenta extraña para Harry Gammon. Con una especie de casco de vidrio cubriendo su cabeza. A la cintura se ceñía un equipo de teletraslación.

Dejó oír su metálica voz:

—No utilices el arma, STS-928366-MB. Tampoco tú, terrestre. Yo no estoy armado.

Karla mantenía la «Ritger» en posición horizontal.

— ¿Qué haces aquí, ATS-9285463-VX? ¿Desde cuándo el jefe de la nave nodriza abandona su puesto?

—Lo delicado del asunto lo requiere. Al momento de descubrir tu ensaño comuniqué con el cosmodromo central de Boosfor. Orden de muerte para ti y para los terrestres ladrones. Teníamos un plazo. La nave nodriza debe partir a una hora determinada. Faltando poco para cumplirse comuniqué de nuevo con nuestros superiores. Me cursaron instrucciones. Un pacto contigo, STS-928366-MB. Un pacto muy generoso.

— ¿Crees tú en la generosidad de AIC y BGK?

El individuo ignoro la pregunta.

Se limitó a una sonrisa muy significativa.

—Es en verdad un pacto que te beneficia. Deseas quedarte en la Tierra, ¿no es cierto?

—Sí.

—Bien. Puedes quedarte, pero sin el equipo. Sin nada que te pueda delatar como procedente del mundo exterior. Debes entregar la mochila y el transmultiplicador y la «Ritger» que notamos en falta de las otras dos mochilas.

Karla denegó con un movimiento de cabeza.

—Este equipo es mi única defensa contra vosotros. Con él puedo haceros trente en igualdad de condiciones.

—En igualdad de condiciones no, compañera. He dedicado más de cien hombres a tu búsqueda. Cada uno de ellos con armas adecuadas y equipo técnico. Ya hemos detectado tu posición. Esperan mis órdenes. Cierto que opondrás resistencia con las armas de la

mochila. Resistencia... y ruido. Eso no nos interesa. De ahí que te ofrezca el pacto. Decídete, STS-928366-MB. Nos queda muy poco tiempo y debo regresar a la nave nodriza.

—Tú lo has dicho, ATS-9285463-VX. Puedo resistir v el tiempo juega a mi favor. No entregaré el equipo.

El individuo se encogió de hombros.

—Lo lamento entonces, compañera. Sabes que AIC y BGK ordenarán nuevas expediciones en tu busca. Habíamos dado por concluidas nuestras incursiones a la Tierra, suspendiendo la «Operación Psiquis Tierra». Ahora regresaremos y tú serás nuestro objetivo. Tu muerte. La tuya y la de los tres hombres que conocen nuestra existencia. Terminaremos por localizarte. Tarde o temprano. Y tú lo sabes, STS-928366-MB. Conoces los procedimientos de Boosfor.

—Precisamente por eso. No confío en la promesa de AIC y BGK.

— ¿Y en la mía?

— ¿Qué quieres decir?

El hombre sonrió.

—Yo te comprendo, compañera. Soy un «duplicado». De ser el verdadero ATS-9285463-VX también yo me quedaría en la Tierra, pero al menor intento de traición sería destruido mediante el transmultiplicador central.

Mi deseo es que tú permanezcas aquí. Quiero que en Boosfor se conozca tu hazaña. Que alguien consiguió burlar los sistemas de seguridad de AIC y BGK. Decide pronto, compañera. No hay tiempo.

Karla se aproximó lentamente a la mochila.

Dejó caer la «Ritger» a su interior.

Harry Gammon la imitó. Depositó también el transmultiplicador guardado en el maletín.

— ¿Está todo? —interrogó el individuo.

—Sí.

—Coloca tú misma el sistema de teletraslación. Karla obedeció.

El hombre se inclinó para manipular en los dos discos fijando los indicadores de posición. La mochila desapareció.

—Bien, compañera. Nuestra misión en la Tierra ha sufrido un brusco cambio por tu culpa.

— ¿En verdad no se quedan los tripulantes de la cosmonave para seguir la «Operación Psiquis Tierra»

—No. Decisión última de AIC y BGK. Contigo por aquí no lo consideran prudente ni oportuno. La Tierra ha dejado de interesarnos por completo. Adiós, compañera. Te deseo felicidad. En cuanto a ti, terrestre, mantén la boca cerrada. Igual consejo para tus amigos... Además, nadie os creería la historia...

El hombre presionó el disco exterior del equipo de teletraslación que ceñía su cintura.

Desapareció.

Harry Gammon v Karla quedaron solos en el dormitorio.

La muchacha se precipitó en sus brazos.

—He dejado de ser un número... Soy Karla Harvey una mujer libre... ¡Libre...! ¡Libre...!

CAPÍTULO XV

Estaban de nuevo en el 1749 de Lauden Boulevard.

En el aristocrático Barrio Coller.

Harry Gammon, Karla Harvey, Robert McGavin, Christopher Baker... y «Sammy».

— ¡Sí, infiernos! —exclamó McGavin suntuosamente acomodado en uno de los sillones del salón—. Ya que hemos pagado tres meses de alquiler, disfrutemos de él. Maldita sea... ¿Qué hemos conseguido? ¡Nada! Hasta los billetes del abuelo han desaparecido. ¡Sólo pérdidas! El empleo, parte de nuestros ahorros...

—Yo soy la culpable de...

—No digas tonterías, Karla —interrumpió Harry Gammon—. Te debemos la vida. Nos habían sentenciado. De seguir utilizando los objetos *made in Marte* hubieran acabado con nosotros. 0 nosotros mismos al emplearlos mal. Cometimos un grave error al entrar en la cosmonave y apoderarnos de las mochilas.

—Debimos vender la información al mejor postor.

—Ya es tarde para lamentaciones, Robert. Hemos vivido una fantástica aventura que..

—No podemos contar a nadie.

— ¿Por qué no, Robert? ¿Represalias de Boosfor? ¡Olvídalo! Adelante, Robert. Cuéntalo todo. Tendrás plaza de por vida en el Centro Psiquiátrico de San Francisco.

—Sí, maldita sea. , tienes razón. ¿Sabes una cosa,

Harry? ¡Jamás volveré a leer novelas de ciencia ficción! Todos rieron.

Incluido «Sammy», que soltó algunos gruñidos.

Harry Gammon sirvió unos vasos de whisky.

—Basta de lamentaciones. Hace un hermoso día. Brilla el sol bajo el contaminado cielo de California. Nos tomaremos el día de fiesta y mañana decidiremos. La Blystone Company nos aceptaría de nuevo, pero es preferible buscar otros horizontes. ¿Qué dices a eso, Robert?

—Totalmente de acuerdo. Por nada del mundo quiero volver junto al buitre de Frank Blystone.

—Yo también buscaré trabajo —dijo Karla—. Dominando varios idiomas y con mis amplios conocimientos no me será difícil.

— ¡Seguro! Te sobran cualidades —comentó Gammon con cínica sonrisa a la vez que sus ojos recorrían el cuerpo de la joven—; aunque para ti tengo otros proyectos que más adelante te explicaré.

—Yo seré el padrino de boda —intervino Baker.

Robert McGavin parpadeó.

— ¿Boda? ¿Qué boda?

Harry Gammon alzó su vaso.

— ¡Por nosotros! ¡Por Karla Harvev, recién llegada a la Tierra!

Baker se apoderó de la botella.

—Eh, hijos… necesito dinero para regresar a la Booth Mountain. Yo también cometí un error.

—Tú te quedas aquí, abuelo —Gammon palmeó la espalda del anciano—. Tú y «Sammy».

—Yo no sé hacer nada, hijo. Y menos en una gran ciudad.

—Este *bungalow* necesita un jardinero. De eso apuesto que entiendes. Ahora, si todos vamos a trabajar, necesitaremos que alguien se quede aquí. Regresarás a la Booth Mountain cuando realmente lo desees.

El rostro de Christopher Baker no ocultó su emoción.

Se esforzó por disimularla.

—Gracias, hijo… En mi nombre y en el de «Sammy».

Volvieron a reír.

La más dichosa parecía Karla.

—Vamos a celebrar el día de hoy. Ya no soy STS-928366-MB. No soy un número en una gigantesca computadora control. No estoy en

Boosfor, sino en la Tierra. ¡La Tierra es maravillosa!

Harry Gammon besó a la muchacha en la comisura de los labios.

—Sí, Karla. Y contigo lo será aún más. Vamos a celebrar este magnífico día por todo lo alto.

—Terminaré de arreglarme...

Karla abandonó el salón.

Christopher Baker chasqueó la lengua. »

— ¿Qué te ocurre, abuelo? —inquirió Gammon llenando de nuevo los vasos.

—Karla... es demasiado optimista... o los sondeos realizados por Boosfor no fueron del todo correctos. La Tierra es una pocilga.

—No seas pesimista.

—El abuelo no está equivocado del todo —dijo McGavin—. Incluso eso de los números. Hace poco tiempo leí la noticia en los periódicos. La CIA tenía un gran archivo con todos los habitantes de EE. UU. debidamente numerados y clasificados. Al igual que la URSS.

Harry Gammon palideció.

—La CIA... La Central Inteligence Agency...

— ¿Ocurre algo, Harry?

Gammon vació el vaso de whisky.

Forzó una sonrisa.

—No... Simplemente casualidad. Es... es curioso. La CIA y la KGB. Las centrales de inteligencia de EE. UU. y la URSS respectivamente.

— ¿Qué tienen de curioso?

La voz de Gammon sonó ronca.

Y la tenue palidez aún reflejada en sus facciones.

—Las dos grandes potencias que tiranizan el planeta de

Boosfor… Los gobiernos de AIC y BGK. Las mismas iniciales que la CÍA y la KGB, sólo que al revés.

McGavin tragó saliva.

Con dificultad.

—Sí… Es curioso… Qué casualidad, ¿verdad?

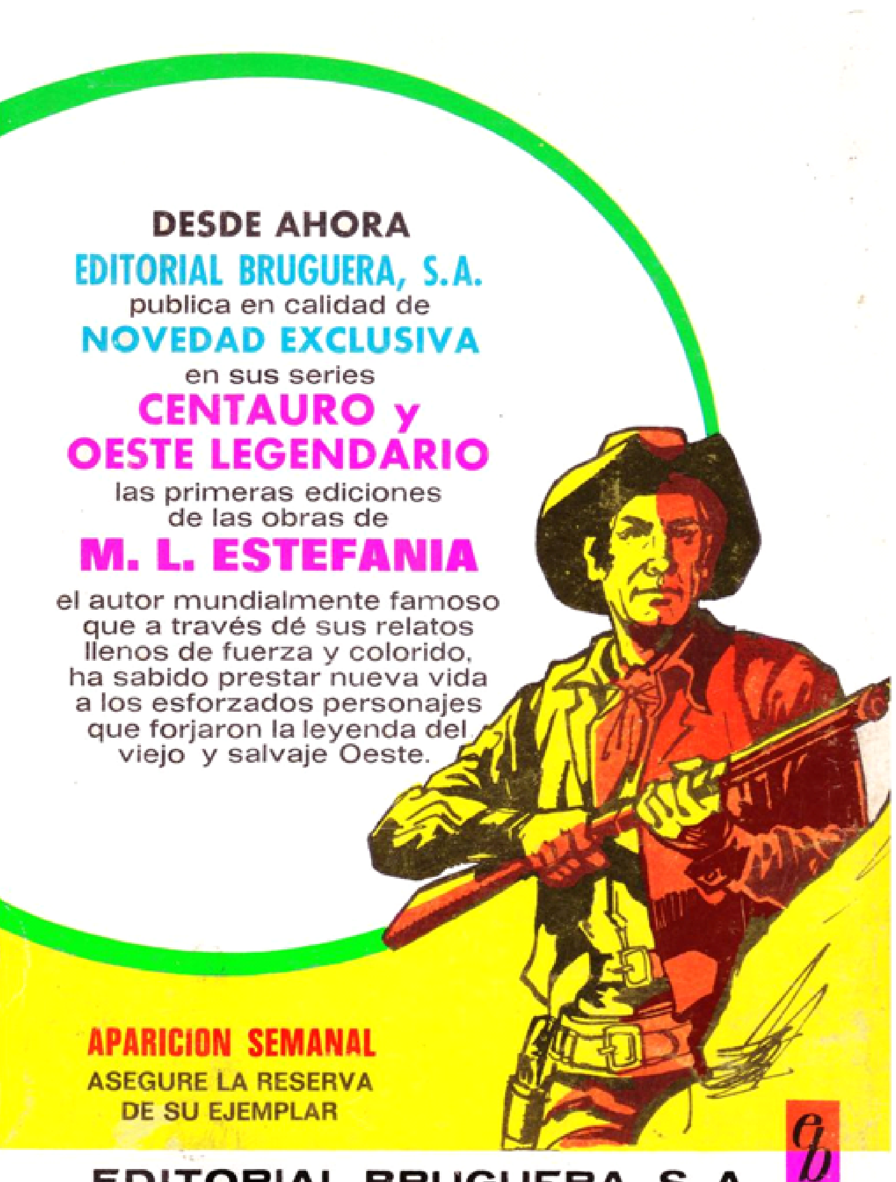
—Sí. Demasiada —dijo el viejo Baker vaciando también el vaso de whisky.

Harry Gammon se precipitó hacia la botella.

Fue imitado por McGavin y Baker.

Los tres necesitaban un largo trago.

F I N



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.